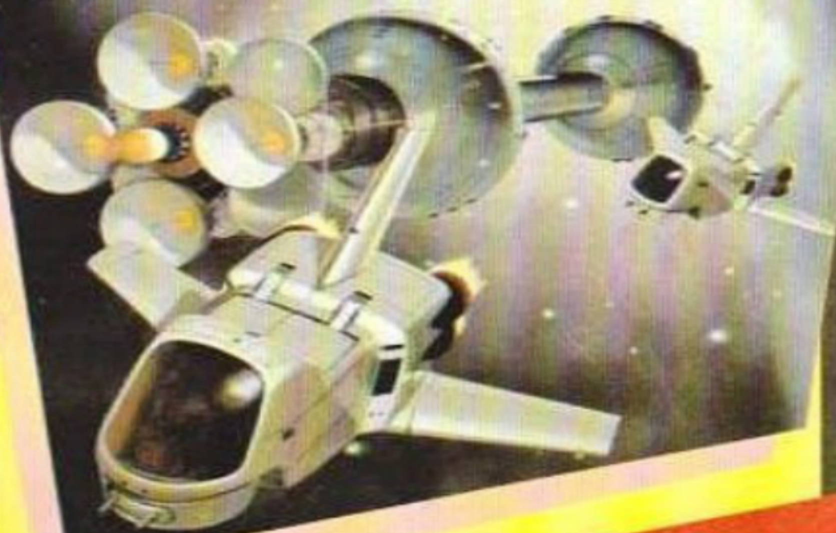
El más astuto de los terrícolas

GANE 1 MILLON DE PESETAS



héroes del ESPACIO

RALPH BARBY

BRUGUERA

ENCONTRARA OBRAS DE ESTE MISMO AUTOR EN LAS COLECCIONES DE

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

QUE SE DETALLAN A CONTINUACION:

Servicio Secreto
Punto Rojo
Bisonte Serie Roja
Selección Terror
La Conquista del Espacio

RALPH BARBY

El más astuto de los terrícolas

Colección
HEROES DEL ESPACIO n.º 244
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
CAMPS Y FABRES. 5 - BARCELONA

ISBN 84-02-09281 0
Depósito legal: B. 9.427 1985

Impreso en España Printed in Spain

1.º edición en España: abril, 1985
1.º edición en América: octubre, 1985

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1985

CAPITULO PRIMERO

El mayor Tab Magnus, de las fuerzas aéreas norteamericanas, sentía la suavidad de un sol que tostaba su piel, que ya aparecía ligeramente bronceada.

El balandro se mecía, suave, frente a las playas de Florida. El día era agradable. El cielo estaba muy azul y más tranquilo que nunca. Ninguna aeronave, fuere militar o comercial, lo surcaba.

Todos los vuelos, absolutamente todos, habían sido cancelados. Por ello, el cielo estaba limpio de las estelas de los gigantescos reactores, capaces de dar la vuelta a la Tierra en menos de ocho horas, con mil pasajeros a bordo.

Pese a todo el avance tecnológico, científico y militar, los habitantes del planeta Tierra se hallaban atenazados por el miedo.

Por primera vez, los altivos, los arrogantes terrestres, se sentían pequeños, insignificantes y desvalidos como un niño de pecho abandonado a su suerte en mitad del asfalto.

En aquel momento eran las diez de la mañana. Se estiró sobre la larga toalla que había en la cubierta del balandro, que alzaba sus trapos blanquirrojos al viento y éste los recogía, empujándolo.

Puso en marcha el teletrivisor a color, y éste dio imagen y sonido en el acto.

—¿Qué haces, Tab? —preguntó una voz femenina, casi en tono de queja.

La chica, una espléndida pelirroja, también tostaba su piel al sol, y parecía que el calor penetraba hasta lo más hondo de su cuerpo, porque reptó hasta el hombre, sin tratar de levantarse siquiera.

Enrolló sus brazos alrededor de su cuello, y le besó la espalda, mimosa y absorbente a la vez.

—Anda, quédate tranquila y déjame ver el programa; es muy importante.

—¿Importante? ¡Qué tontería! ¡Si ya nada podemos hacer! ¿Qué más da que mande uno u otro? Nosotros sólo obedecemos. ¿Acaso temes que te quiten tu balandro o estás añorado por tu ultracaza? Después de todo, estás con permiso de restablecimiento, aunque yo creo que ya tienes muy bien las costillas que se te rompieron en tu última misión —le dijo, acariciándole, mientras en pantalla sólo aparecían unas letras en blanco y negro, presagio de malas noticias.

Pese a las caricias de aquella chica pelirroja, cuyo nombre ya no recordaba, y si se arriesgaba a nombrarla corría el peligro de equivocarse, Tab permaneció frío.

Era un hombre joven, físicamente perfecto, alto, un tanto delgado, super entrenado y con el "carnet" de astronauta especial, capacitado para tripular las más complicadas naves interplanetarias.

Tab Magnus era rubio, de ojos azul claro, ahora achicados, fijos en la pantalla del teletrivisor. De un momento a otro, aparecerían las noticias en imagen. Sólo se escuchaba una música clásica, casi fúnebre.

Aquel programa se estaba viendo simultáneamente en todo el mundo, lo mismo en los Estados Unidos que en Rusia, China o Australia.

El programa se emitía desde Nueva York a toda la Tierra, pues el problema era común a todo el planeta.

Sin embargo, aquella chica pelirroja, a la que la Naturaleza se había complacido en dotar de belleza, atractivo y "sexy", no se preocupaba de nada. Sólo quería divertirse, jugar y hacer el amor.

Eso era lo que en aquellos momentos pretendía de Tab Magnus, que se hallaba en el último día de su permiso por restablecimiento, tras salir de la clínica donde fueran curadas sus costillas.

Su nave había caído en picado y él había tenido que hacer funcionar el dispositivo de supervivencia. Más algo se había quemado, y funcionó a medias. La caída fue dramática, pero salvó la vida.

Los compañeros de Tab Magnus, no sólo en los Estados Unidos sino en los demás países del planeta, se hallaban acuartelados, tensos, con los rostros sombríos, esperando instrucciones, pero no habría órdenes hasta que terminara la cumbre de la ONU.

Tab Magnus se puso en pie sobre la cubierta. El balanceo del balandro era muy ligero. La pelirroja seguía colgada de su cuello, y le sobaba la piel a besos.

Tab la elevó en sus brazos, lo que a ella pareció gustarle mucho, pero no le agradó tanto cuando se vio lanzada por la borda, y cayó a las frías aguas del Atlántico.

—¡Eh, Tab, Tab! —gritó, tras reaparecer a flor de agua y lanzar el gritito de rigor.

Tab puso proa mar adentro para alejarse de la costa, y le gritó, desde popa:

—¡Eres buena nadadora, regresa a la playa! Ya nos veremos otro día.

—¡Tab, Tab, no me dejes!

—Adiós, encanto, hasta otro día. La playa está cerca.

—¡Que no llevo dinero para un taxi, gamberro!

Tab la saludó con la mano y le prodigó una sonrisa. Luego, le dio la espalda y fijó el timón. Ajustó el velamen para que el viento no hiciera zozobrar la embarcación y regresó al punto utilizado como solarium.

Se tendió frente al teletrivisor para seguir viendo el programa de noticias en cadena, las más dramáticas noticias que jamás se habían comunicado a la humanidad:

—Señoras y señores telespectadores, mientras aguardamos información en directo desde la ONU, les pasamos imágenes de los trágicos sucesos que nos han conducido a la dramática situación en que vivimos los habitantes de este planeta llamado Tierra.

En pantalla apareció un pavoroso incendio, tomado en vista aérea. La voz en off siguió explicando:

—Lo que están viendo es Chicago, la ciudad arrasada por los alienígenas. Toda el área urbana de Chicago quedó reducida a cenizas por el rayo apocalíptico lanzado desde la nave invasora, un rayo que cubre un círculo directo de dos millas de diámetro, pero que produce tal poder termodestructor que arrasa varias millas a la redonda.

"El rayo apocalíptico redujo a cenizas blancas, por una alta temperatura de millones de grados, el epicentro del objetivo por ellos buscado. Luego, la onda térmica se extendió quemando cuanto halló a su paso. Hay imágenes que preferimos no mostrar a los telespectadores, por lo horripilantes. Hombres ardiendo vivos por la onda térmica, a treinta millas del epicentro del ataque.

Tab Magnus ya había visto aquellas imágenes en cadena nacional, y ahora se estaban ofreciendo en cadena mundial. El problema no correspondía tan solo a los norteamericanos, sino a todos los terrestres.

—A continuación, pasamos imágenes semejantes a las de Chicago, pero por orden de aparición; se trata de Osaka, Bombay, Nanking, Leningrado, Francford, Marsella, Liverpool, Río de Janeiro, Johannesburgo, Canberra y la Córdoba argentina.

Fueron sucediéndose las dramáticas imágenes de las ciudades destruidas.

Tab Magnus las observaba en silencio. Jamás ataque o cataclismo alguno había destruido tanto en sólo una hora de tiempo, y aquello, según los alienígenas, no era nada más que una advertencia de su poder.

Podían dedicarse a destruir metódicamente todas las grandes metrópolis del orbe, sin que ellos, a su vez, pudieran ser atacados.

El pánico había cundido en las gentes del mundo entero, que habían abandonado las ciudades donde se producía el saqueo, y muchos hombres y mujeres eran fusilados in situ, cuando se les encontraba rateando. No había juicio previo. La Tierra rezumaba lágrimas, tragedia y miseria.

Tab Magnus conocía todos los detalles de la invasión, aunque, de momento, sólo podía llamarse ataque de aviso, pues nadie había visto a ninguno de los alienígenas. No se sabía cómo eran.

El locutor, con voz en off, mientras mostraba las tragedias ocasionadas por el invasor extraterrestre, comentaba que, al principio, la base terrestre en la Luna había quedado silenciada, ahora ya se sabía que totalmente arrasada.

Después, los laboratorios espaciales, cinco en total, habían sido desintegrados, al igual que los satélites artificiales automáticos. Sólo habían quedado los de intercomunicación, pues incluso los meteorológicos y en especial los espías y los de disuasión bélica, habían desaparecido.

De pronto, las imágenes del teletrivisor oscilaron. Tab pensó que podía ocurrirle algo a su aparato.

La imagen volvió a la normalidad, pero con unas letras que advertían: "Directo".

—Atención, atención —pidió el locutor—. El radar ha captado un objeto volador no identificado. Se acerca a la ciudad de Nueva York. Nuestras telecámaras tratan de captarlo. Acaban de comunicarme que esta nave no puede ser la gran nave invasora, debido a la diferencia de tamaño. Se supone que se trata de una pequeña nave que se cobija dentro de la gigantesca. Se desconoce qué cantidad de estas pequeñas naves puede albergar la gran nave, desde la cual se ha disparado contra las ciudades terrestres el rayo apocalíptico. Atención, atención, una de las cámaras acaba de enfocarla, fíjense los telespectadores...

En pantalla apareció un punto brillante en el cielo algo plomizo de Nueva York.

En aquellos momentos, a Tab Magnus le hubiera agradado disponer de una nave ultra-caza para arremeter contra ella y destruirla con los cañones Laser, aunque los Laser terrestres no podían compararse en potencia destructora al rayo apocalíptico que los invasores poseían.

Tab recordó las oleadas de naves ultra-caza que habían despegado para intentar aniquilar la nave alienígena, pero aquello sólo había sido una matanza.

El rayo apocalíptico, colocado en mínima potencia destructora, había sido suficiente para hacer estallar a las naves terrestres, que quedaban convertidas en bolas de fuego.

Ni uno solo de los pilotos, de las más distintas nacionalidades, se había salvado, y, desde la Tierra, tampoco se había podido atentar contra la nave invasora que se mantenía en órbita.

Se le habían disparado poderosísimos cañonazos Laser, y el resultado había sido pésimo. La nave rebotaba el rayo Laser, y no le había ocurrido absolutamente nada.

Para las armas terrestres, aquella nave invasora resultaba totalmente invulnerable e inexpugnable a la vez, pues no se podía llegar hasta ella.

La nave fue agrandándose en la pantalla, mas no se podía ver bien, debido a su fulgurante brillo.

Descendió hasta el cielo de la ciudad de Nueva York, y se dirigió al edificio de las Naciones Unidas. Situándose sobre el edificio de la Asamblea General, lanzó su rayo controlado contra la cúpula, fundiéndola. Luego, desapareció bajo ella.

Dentro de la gran sala de conferencias, los jefes de estado de todas las naciones de la Tierra aguardaban el momento de la capitulación del mundo ante los desconocidos invasores, que ya habían demostrado que no iban a regatear el empleo de sus sistemas ofensivos de destrucción.

De pronto, el teletrivisor de Tab se quedó sin imagen. No sirvió de nada el sacudirlo. Al final, furioso, lo arrojó al océano, mientras el balandro, con todo el trapo desplegado, surcaba el mar, bajo el limpio sol de Florida.

CAPITULO II

La soledad, dentro del gigantesco portaaviones nuclear América, impresionaba.

Tab Magnus conocía muy bien el navío que en aquellos momentos flotaba con los motores detenidos, meciéndose sobre las aguas de la fosa atlántica, frente a Puerto Rico. Allí estaba el punto más hondo del océano Atlántico.

Aquélla era la primera misión que se encomendaba a Tab Magnus, tras su recuperación y vuelta al servicio. Se le había escogido a él porque había prestado servicios durante cierto tiempo a bordo del América, con su ultra- caza.

No había favoritismos. Se había solicitado información a la computadora del Pentágono, y ésta había dado un nombre: el mayor Tab Magnus.

Rápidamente, sin vacilaciones, recorría las bodegas del portaaviones nuclear. Las cargas focales estaban bien adheridas a la pared del casco. Debían de realizarse unas exploraciones de precisión altamente controladas.

Las diez cargas estallarían simultáneamente, por detonación electrónica inalámbrica.

Comprobó la sujeción de la última y la colocación de los dispositivos. El estallido tenía que ser totalmente focal. Sólo había que destruir nueve o diez cuadrados de la plancha que conformaba el casco de nave bajo el agua, ya muy cerca de la quilla.

Instintivamente, volvió a mirar el reloj.

Los minutos eran devorados por el maldito tiempo. Llegaba la hora del plazo. Las bodegas del América contenían las bombas nucleares de los Estados Unidos, los grandes y poderosísimos misiles atómicos, capaces de hacer un impacto perfecto en la Luna, pero que de nada habían servido contra la nave invasora, ya que los que se le habían disparado, ellos los habían hecho pasar de largo.

En aquellos momentos, en otros puntos del globo, China, Rusia, Inglaterra, Francia, Israel, la Confederación Árabe y la Unión Black Republics, estaban haciendo otro tanto, con sus armamentos atómicos. A la hora señalada, todo el poder nuclear terrestre se hundiría en lo más profundo de los océanos.

Subió unas escaleras hasta el sub-hangar. Se colocó sobre la plataforma elevadora de aviones, y pulsó el botón de cubierta. Los motores eléctricos se pusieron en marcha, y la gran plataforma de acero comenzó a elevarse.

Aquella plataforma que de ordinario cargaba las aeronaves, subía sólo a Tab Magnus. Al fin, se detuvo en cubierta, quedando encajada con perfección de laboratorio.

Magnus lanzó una mirada al único aparato que había en cubierta; un super-ultra-caza "Diamond", capaz de salir de la estratosfera, alejarse unos miles de millas y regresar a la Tierra.

Del bolsillo superior de su cazadora de piel sacó un paquete de cigarrillos y colocó uno entre sus labios. Luego, el mechero de radiogas le proporcionó una llama vibrante, que el aire que acariciaba, casi silbante, la cubierta del portaaviones no pudo apagar.

Comenzó a fumar. El viento azotaba sus cabellos. Sus ojos claros miraron en derredor, con algo de nostalgia. En aquel gigantesco buque había pasado horas de gran camaradería, y ahora no había nadie, era como un cementerio en un día desapacible de febrero.

El portaaviones daba la sensación de un gigantesco cadáver de acero, con su panza repleta de poderosas bombas nucleares, capaces de reventar al mismísimo planeta Tierra, y que iban a hundirse en los fondos oceánicos, donde ya nadie podría recuperarlas.

Volvió a mirar la hora; no sabía cuántas veces lo había hecho. No era hombre que se pusiera nervioso, pero sabía que hundir todo aquel potencial bélico en el océano era quedar desarmado frente al desconocido, enigmático y despiadado enemigo, llegado de más allá de las estrellas.

Llegó junto al super-ultra-caza "Diamond", y tomó en su mano el dispositivo de detonación electrónico a distancia.

Puso su dedo sobre el botón rojo, y al mismo tiempo observó el reloj. La segundera se acercaba rápidamente a las doce, mientras el América se mecía en las aguas, con el timón fijo y los motores detenidos, aguardando, estoico, el momento final.

Pulsó el botón. Escuchó un ligero temblor bajo las suelas de sus zapatos y un ruido sordo. Luego, nada.

Tab Magnus subió a su aparato. Se colocó el casco, y se sujetó al asiento.

El América comenzó a moverse en forma extraña. Un dispositivo hizo que se cerrara automáticamente la carlinga de plástico acero transparente, pero, antes de que se cerrara totalmente, arrojó el detonador electrónico.

Aplastó el cigarrillo y puso el motor en marcha. Instantes después, en solitario, recorrió la enorme pista del América, y saltó al aire.

Voló sobre las olas y se elevó hacia el cielo. Cuando hubo alcanzado una corta distancia, regresó al navío para volar en círculo sobre él.

Pudo ver cómo el enorme buque se hundía, herido en su vientre de forma mortal. Los diez boquetes hechos en la plancha del casco eran de mucha consideración. El agua entraba a grandes chorros dentro del buque, por debajo de la línea de flotación.

Poco después, con su mortífera carga nuclear, desaparecía bajo las aguas, y seguía descendiendo hacia el fondo de la fosa marina, allí donde jamás llegaba el sol.

Otros tantos portaaviones seguían el mismo camino, y los habitantes de la Tierra se quedaban sin su poderosa fuerza nuclear, que tan arrogantes los había hecho.

Al poner rumbo a su base norteamericana, Tab Magnus pensó que aquél podía ser el principio del fin. Acababan de someterse a la voluntad del invasor.

* * *

El profesor Abelson, microbiólogo del J. A. Maryland Hospital, se mesaba, con sus cortos y ásperos dedos, los abundantes y lacios cabellos blancos.

El profesor no sabía si reírse o desesperarse.

Apoyaba sus codos en la larga y fría mesa de laboratorio, y ante él tenía un microscopio de gran potencia. Sin embargo, estaba algo distanciado y, frente a sus ojos, protegidos por las gafas de abundantes dioptrías, había unas fotografías, tomadas del ultramicroscopio electrónico a color.

Para un profano, aquellas fotografías nada significaban. Quizá pudieran parecerle semejantes a lo que podía verse en una gota de agua vista a través de un vulgar microscopio de colegial.

La profesora Myrna Johnson y el profesor Collins eran sus ayudantes. Ellos sí conocían el valor de todo aquel trabajo, dirigido por el eminente microbiólogo.

—He encontrado el virus, y no me hacen maldito el caso.

—Paciencia, profesor. No creo que el gobierno le tenga tirria —le dijo, conciliadora, la profesora Myrna Johnson, aunque ella también comenzaba a perder las esperanzas—. El gobierno tiene muchos problemas en estos momentos, y no están para descubrimientos importantes.

—He aislado el virus y lo he sintetizado. Tengo un caldo de cultivo de laboriosa y difícil confección, pero si se siguen mis teorías, la reproducción de este virus será luego sencilla, y tendremos en nuestras manos lo que la humanidad entera ha soñado, a lo largo de todos los tiempos. Al fin, cuando lo consigo, me falta el permiso oficial para probarlo, y no puedo solicitar los voluntarios para comenzar el largo estudio de observación hasta que se me conceda el permiso.

—Se lo concederán, profesor Abelson, se lo concederán —repitió el profesor Collins, acariciándose la negra barba.

Myrna, de cabello muy rubio y ojos azul claro, era compañera de Collins, y sabía bien cómo pensaba éste. Ansiaba el éxito, el éxito que llevaría al profesor a la fama y, en consecuencia, a su equipo.

Se habían quemado las cejas investigando, y no deseaban que su trabajo muriera en el olvido.

—Creo que cuando venga el permiso, ya estaré muerto —suspiró el profesor—. Esta investigación ha de durar varios años de observación; nuestros resultados no son a plazo corto.

—Usted dijo que había una posibilidad de realizar esas investigaciones en plazo breve —recordó la profesora Myrna Johnson.

Abelson, de abundante y canoso bigote, sonrió. Sus ojos estaban circundados por múltiples arrugas, y su frente era despejada y algo abultada.

—Es una posibilidad sólo teórica; no se puede llevar a la práctica.

—¿Por qué? —inquirió Collins, muy interesado.

—Porque sería monstruoso, por eso no he querido hablarles de ello. Todo debe realizarse a plazo largo.

—Pero si usted muere… —objetó, insistente, el profesor Collins, muy interesado.

—¿Si yo muero? Mire mis cabellos, Collins, mírelos

—Ya los veo. ¿Qué ocurre con ellos?

—Que están blancos, es el símbolo de la vejez. Si yo muero, usted y la profesora seguirán adelante. Sus cabellos están muy negros o muy rubios, en el caso de la profesora. Eso indica que tienen mucha vida por delante. A los grandes descubrimientos no se les puede apremiar. Acortar el tiempo es como amputar sus posibilidades de éxito.

—Llegará el éxito, profesor, ya lo verá —le dijo Myrna, animosa.

El profesor puso la mano en forma de garra, y se rascó el cuero cabelludo, como si entre los abundantes cabellos blancos hubieran

insectos que le irritasen.

—Creo que, por hoy, será mejor que terminemos. Usted, Collins, puede inocular el virus a las cobayas seleccionadas.

—¿Probamos ya con los antropoides? Si le parece, podríamos experimentar con ellos el sistema rápido. Con un antropoide no se podrá catalogar nunca al sistema de monstruoso, como usted lo ha llamado antes.

—Calma, Collins, calma. Olvide por el momento a los antropoides, tengo otros planes. Me parece que vamos a tener mucho tiempo por delante, a causa de esa respuesta gubernamental que tanto se hace esperar.

—Si entregamos informes sobre pruebas efectuadas a antropoides, puede que se decidan a conceder la aprobación oficial, y el permiso para reclutar a los voluntarios.

—No insista, Collins. Ahora, discúlpenme, estoy muy cansado.

Al ver que vacilaba al abandonar el alto taburete, Myrna se ofreció:

—Le acompañaré, profesor.

—No, no hace falta.

—Insisto.

—Como quiera. Siempre es agradable ir acompañado por una mujer tan bella como usted.

Myrna Johnson prodigó una sonrisa a Collins.

Desde que éste entrara a formar parte del equipo del profesor Abelson, se había interesado mucho por la joven, pero ésta sólo le había concedido amistad.

Había algo en Collins que no le gustaba, y no sabía realmente qué era. En ocasiones, se decía que Collins tenía mucha ambición, pero ello parecía normal y lógico, en un científico que ansiaba triunfar.

Sin embargo, estaba segura de que, si le llegaba la ocasión, Collins no repararía en los medios para obtener el éxito.

Salieron al pasillo.

El centro hospitalario no tenía las plantillas de profesores completas, y los propios estudiantes habían faltado a las clases. La llegada de los alienígenas lo había trastornado todo.

De pronto, aparecieron cuatro hombres, vestidos con un uniforme negro, que recordaba algo al de la ya antigua Gestapo. Los cuatro portaban cortos fusiles Laser, y uno de ellos, que parecía mandar el grupo, ordenó, apremiante:

—¡Vamos, apártense, apártense!

De súbito, tras ellos aparecieron dos seres extraños.

Eran como astronautas, pero, a través de la mirilla del casco, no se veía un rostro humano. Detrás había una especie de masa gelatinosa, de tono rojizo oscuro y algo que podía llamarse ojo, grande como un huevo de paloma y por lo menos con una docena de iris.

De inmediato, se produjo la histeria. Dos chicas gritaron, otra cayó al suelo, desvanecida. Un hombre alto, fuerte y calvo, al descubrirlos, lanzó un grito de rabia:

—¡Asesinos!

Posiblemente, aquel hombre había perdido a familiares muy allegados, en uno de los fulminantes ataques a las ciudades.

Se lanzó contra ellos, con los puños en alto, pero los tipos de negro (que la gente había comenzado a denominar como la División Judas) le dispararon a corta distancia y a boca de jarro.

El hombre, un ayudante técnico sanitario, recibió los chorros de Laser. Se puso incandescente en brevísimos instantes, luego negro, y cayó al suelo carbonizado.

Se produjo un intenso silencio, sólo turbado por entrecortados sollozos y el pisar autoritario de las botas de los servidores de la División Judas.

De pronto, se escuchó como un ruido de chicharra. El jefe de los hombres de la División Judas sacó de su bolsillo una especie de auricular, y se lo introdujo en la oreja.

De inmediato, centró su mirada sobre el profesor.

—¿Usted es Abelson? —preguntó.

Myrna le miró, preocupada, pero el profesor, escrutándole a través de sus gafas de gran miope, asintió:

—Sí, soy yo.

—¡Vamos, rápido, a la pared, a la pared!

—¿Qué quieren de él, qué le van a hacer? ¡Es un gran hombre! —protestó Myrna.

Sufrió un empujón por parte de uno de los hombres de la División Judas. En aquel momento, por el fondo del corredor, apareció Collins, y pudo presenciar lo que ocurría.

El profesor Abelson, desconcertado, fue puesto contra la pared.

Los dos alienígenas que aterrorizaban a los presentes, se situaron frente a él. Uno de ellos le enfocó con una especie de cámara fotográfica o filmadora, que le colgaba de la base del cuello.

Brotó una luz amarillenta, y el profesor Abelson se disolvió totalmente, desapareciendo.

En el suelo sólo quedaron los cristales de sus gafas, sin la gruesa montura de concha negra que los sostuviera.

—¡Vamos, vamos! -ordenó el jefe del grupo de la

División Judas.

—¡Asesinos, asesinos! ¿Qué han hecho con el profesor? Myrna no obtuvo respuesta. Los dos alienígenas y los hombres que les protegían, se alejaron rápidamente, por los pasillos del J. A. Maryland Hospital.

CAPITULO III

Los periódicos habían publicado la gran noticia: Todos los ejércitos habían quedado disueltos.

Por las pantallas de teletrivisión, habían hablado los jefes de estado, anunciando, con gesto grave y apesadumbrado, que el ejército, la marina y la aviación dejaban de existir. Que todos sus miembros debían abandonar su armamento en los respectivos cuarteles, y reintegrarse a la vida civil.

Sólo se conservarían los cuerpos de policía, que a su vez serían reforzados. Que, por bien de la población, se obedecieran las órdenes que pudieran dar los hombres del cuerpo de Control Mundial para la Paz y la Hermandad del Universo, CPHU, que la gente ya conocía como la División Judas.

Los escogidos para la División Judas eran todos hombres fuertes. Seleccionados por los propios alienígenas, carecían totalmente de sentimientos. La gente no sabía si eran así o es que los invasores habían intervenido de alguna forma sus mentes para que actuaran como robots despiadados, al servicio completo de los invasores.

El caso era que el número de aquella fuerza policiaco-militarista había aumentado, y se hallaba en todos los países. Mataban sin contemplaciones a quienes significaban un obstáculo para ellos o para sus amos.

A Tab Magnus ni siquiera se le había comunicado por telegrama su cese en el ejército, pero él sabía que el gobierno carecía de tiempo material para comunicar, en forma particular, a cada uno de los miembros de su ejército, el cese por imposición de las especiales circunstancias.

Todo se desmoronaba. Paso a paso, se estaban convirtiendo en esclavos de los invasores. No podían discutirse sus órdenes, aunque nadie les oída hablar.

Por las noticias que le habían llegado a Magnus, cuando habían intervenido en la asamblea de la ONU, habían utilizado una computadora como intérprete, y la voz que se había escuchado era la de una bocina electrónica. Actualmente, se hacían entender y obedecer a través de sus sicarios de la División Judas.

Por el momento, los invasores sólo exigían el desarme total, la anulación de los ejércitos, y habían organizado un caos del que, por el momento, parecían lavarse las manos.

Muchas factorías habían quebrado, había un gran número de parados. En las calles se mataba y robaba, y la policía era incapaz de controlarlo todo.

Se había cursado la orden de que la justicia se implantara in situ,

lo que equivalía a decir que se mataba en plena calle. Después, unos servicios públicos se encargaban de retirar los cadáveres

Aquella amenaza constante, pues los coches patrulleros no cesaban de circular, había impedido la histeria y el pánico masivo.

A través de altavoces, pedían calma y que la gente regresara a sus trabajos, donde los hubiera. Lo que sí era cierto es que morían muchas personas de forma violenta, y era curioso observar que lo mismo los clubs nocturnos que las iglesias de las más distintas confesiones religiosas se hallaban abarrotadas. Unos se divertían frenéticamente, y otros rezaban, pidiendo clemencia a Dios y la desaparición de los invasores.

Libre del ejército, Magnus se dijo que tendría que buscar alguna colocación o bien utilizar su balandro para salir a pescar. En las siguientes semanas, posiblemente escasearía la comida, y los más astutos comenzaban a acapararla. Se preveía una gran mortandad, y sólo sobrevivirían los más fuertes y los más astutos. Quizá eso era lo que perseguían los invasores, que se mataran entre ellos.

Sintió que su apartamento le ahogaba. Deseaba salir a dar una vuelta. El era hombre acostumbrado a volar en las super rápidas aeronaves, y ahora se encontraba con que sólo podría ir en su "mini-hover-craft" de alta velocidad.

Se llevó un cigarrillo a los labios. Le prendió fuego, y pensó que valía la pena recorrer algunos cientos de millas para llegar hasta su balandro y hacerse a la mar.

Así tendría tiempo para meditar sobre lo que estaba ocurriendo. El no era conformista y, pese a lo que dijeran los gobiernos, que habían doblado la rodilla frente los invasores, había que rebelarse y presentar pelea hasta el fin, si era preciso.

Tomó su cazadora de piel y, con el cigarrillo entre los labios, se dirigió hacia la puerta. La abrió y, cuando se disponía a salir, se encontró con dos rostros desconocidos.

—¿Magnus?

—Sí.

—Venga con nosotros.

—¿Cómo?

—Haga lo que le pedimos, y ni una sola palabra, por favor —le dijo uno de ellos.

Ambos se mostraban muy graves. Sus semblantes parecían fríos, pero transpiraban preocupación.

—Oigan, ¿de qué se trata?

—Ni una sola palabra, venga con nosotros —insistió el que ya había hablado.

—¿Quiénes son ustedes? Por lo menos, su filiación!

—No hay filiación, ahora.

—¿Son de la policía, acaso de la División Judas?

—No podemos responderle.

—Si no se identifican, mal voy a poder acompañarles. No están los tiempos para bromas.

—Usted lo ha dicho, Magnus, no están los tiempos para bromas —le respondió el que había permanecido callado hasta aquel momento.

—Por favor, Magnus, venga con nosotros. Usted puede ser muy útil.

—¿Útil, en qué?

El que llevaba la voz cantante miró a su compañero como pidiéndole disculpas por lo que iba a decir. Después, con voz más ronca que antes, aclaró:

—En todas las invasiones surgen movimientos de resistencia. ¿Usted me entiende, Magnus?

Tab les miró con sus ojos claros. Se alisó los rubios y lacios cabellos con la mano, y dijo:

—Voy con ustedes.

—Sabíamos que podíamos contar con usted.

Con el ascensor descendieron al parking del edificio. Allí, en la zona reservada a visitantes, había un vehículo negro de cuatro plazas.

—Usaremos nuestro vehículo, si le parece.

—Como quieran —aceptó Tab, lanzando una ojeada a su deportivo que, en tonos plateados y grana, brillaba a lo lejos, al fondo del garaje.

Partieron en aquel poderoso vehículo que, tras elevarse silenciosamente una decena de pulgadas del suelo del parking, creando el colchón neumático, maniobró rápidamente y ascendió por la rampa que le dejó en la calle.

La noche estaba oscura. La mayor parte de la iluminación ciudadana no funcionaba, y las personas que se aventuraban a internarse en la noche a pie morían asesinadas, aunque sólo fuera por arrebatarles unos pocos dólares.

Cruzaron el Hudson River por el túnel de Lincoln y abandonaron la gran Nueva York en dirección a Nueva Jersey.

Recorrieron algo más de cien millas por la autopista 495 y luego la abandonaron, internándose por una carretera de menor importancia.

Después, el vehículo se adentró por una pista forestal, aumentando la altura del colchón de aire para evitar que las piedras o grandes raíces pudieran golpear la panza.

Al fin, cerca de una pequeña casa que en aquellos instantes carecía de luz y que en la noche no podía verse, se internaron en una especie de rampa descendente que se abrió ante ellos. La tierra semejó tragárselos, pues el túnel volvió a cerrarse.

CAPÍTULO IV

Tab Magnus observó al grupo de hombres y mujeres allí escondidos. No usaban uniforme alguno y parecían atareados tomando datos y consultando mapas.

—¿Están controlando el avance de los invasores? —preguntó Magnus, mirando a su alrededor.

—Más que su avance, controlamos nuestras posibilidades. Los gobiernos han renunciado a toda lucha contra ellos. De intentarlo, serían aniquilados millones y millones de personas y no es seguro que lográramos un solo impacto contra esa maldita y gigantesca nave invasora. Usted sabe bien que los primeros ataques fueron furibundos. Nuestro mejor material se utilizó contra ellos y el fracaso fue absoluto. Ello determinó la claudicación total.

—La claudicación total, no. Aquí veo el inicio de la resistencia.

—Sí, es la resistencia, Magnus. Creo que en cada nación se está formando un grupo similar. De momento, somos embrionarios y no mantenemos contactos con los demás, pero nos haremos fuertes, pese a los hombres de la División Judas.

—Ellos buscarán estos nidales de resistencia y cuando los encuentren, lo arrasarán todo. Son muy fieles a esos invasores.

—Tenemos a un miembro de la División Judas, Magnus.

—¿Y qué han sacado de él?

—Nada. En realidad, no tendrían que denominarlos División Judas. Sus mentes han sido tratadas en alguna forma y se han convertido en robots humanos.

—¿Han averiguado dónde y cómo los reclutan, cómo los tratan, cuál es el centro de tratamiento que utilizan?

—No, no hemos podido averiguar ninguno de esos detalles porque, al parecer, ni ellos mismos los conocen. Estamos empleando incluso drogas para desnudar su mente, pero no hay suerte, por el momento. —Se dirigió hacia una puerta—. Pase por aquí, Magnus.

Avanzaron por un angosto corredor de paredes de hormigón. Luego, penetraron en un despacho.

A Magnus le daba la impresión de hallarse en una especie de submarino. Allí no había ventanas, todo era subterráneo y parecía que el acondicionamiento de aire funcionaba a la perfección.

Todas aquellas instalaciones, complicadas y costosas, no habían podido ser construidas desde la invasión, por lo que supuso que debían pertenecer a algún proyecto secreto del Gobierno americano.

En el despacho había cuatro hombres y una mujer. La joven rubia, inmediatamente cruzó su mirada con la del hombre y a Tab le pareció muy hermosa, aunque quizá algo fría. Sin embargo, desechó todo

pensamiento que no fuera trascendental.

—Dorwan, aquí está Magnus.

—No hace falta que me lo presente, le conocía bien.

Se levantó, inclinándose ligeramente por encima de la mesa escritorio y le tendió la mano.

Tab Magnus estrechó la diestra del hombre llamado Dorwan y, sincero, dijo:

—Yo no le conocía a usted.

—Era general de MP en el Pentágono. Tenía en mis manos la computadora de datos personales. Usted era un hombre que destacaba y se le había vigilado en varias ocasiones.

—¿No se fiaban de mí, general?

—Ya no soy general, aquí no hay jerarquía castrense. Esto es un movimiento de resistencia y quizá mañana estaremos todos muertos. La lucha es desesperada y debemos llevarla adelante con el máximo sigilo. En cuanto a usted, se le vigilaba porque se le encomendaban las misiones más difíciles y secretas. Había que evitar que alguien pudiera atentar contra usted o ejercer chantaje de alguna forma.

—Reconozco que había pensado en la posibilidad de que naciera un movimiento de resistencia. La claudicación completa me produce náuseas.

—A nosotros también, Magnus, por eso estamos aquí; pero ignoramos si vamos a obtener algún fruto o si nuestros deseos quedarán barridos por ese rayo apocalíptico de los alienígenas. Lo malo es que pesa una amenaza sobre nosotros.

—¿Se refiere a lo que han publicado los periódicos acerca de las drásticas medidas de castigo que serán empleadas si son desobedecidos o se crea alguna fuerza contra ellos?

—Exacto, Magnus, hemos de estar muy pendientes de ello. Una represalia de su parte significa la muerte de millones de nuestros congéneres.

—Tiene razón, Dorwan, no podemos arriesgar la vida de millones de personas, aunque todo el planeta es hoy: un caos de pánico.

—Sí, lo es, pero hay que reinstaurar el orden y devolver la seguridad perdida a los habitantes de nuestra maltrecha Tierra.

Dorwan, que parecía dirigir aquel movimiento de resistencia desesperada a los invasores que seguían girando alrededor de la Tierra en su gigantesca nave, esperando algo y nadie sabía el qué, pues ya habían provocado el terror y la muerte.

Dorwan señaló al hombre de la barba y a la mujer rubia, presentándolos.

—Son la profesora Myrna Johnson y el profesor Collins, del J. A. Maryland Hospital, departamento de microbiología.

—Mucho gusto —saludó Tab.

Los dos presentados asintieron con sus respectivas cabezas, sin pronunciar palabra. Estaban aún confundidos e impresionados.

—Usted, Magnus, es un hombre de acción. Ellos son científicos.

—Sí, han dicho microbiología, ¿verdad?

—Así es —ratificó Dorwan.

—¿Hay alguna forma de atacar con virus a esos seres? —preguntó Magnus, vivamente interesado.

—Lo ignoramos —respondió Myrna con sinceridad, mirándole a la cara y arqueando inconscientemente los hombros hacia atrás para realzar su busto.

Dorwan intervino, aclarando:

—Se trata de algo más importante. El profesor Abelson era el jefe del equipo de microbiología y estaba al borde de un gran descubrimiento. Había solicitado un permiso al Gobierno para poder experimentar en seres humanos a largo plazo, y para ello pensaba en los condenados a cadena perpetua que podían observarse periódicamente. ¿No es así, señorita Johnson?

—Así es. Collins y yo le ayudábamos en todo, aunque siempre había pequeñas cosas que el profesor Abelson no llegaba a escribir en su cuaderno de notas. Confiaba demasiado en su memoria, pese a su edad.

—Deduzco que el profesor Abelson no está aquí. ¿Acaso ha muerto?

A la pregunta de Magnus, Dorwan respondió:

—No ha muerto; está vivo. Al menos, es lo que suponemos.

Collins puntualizó:

—Los alienígenas se presentaron en el J. A. Maryland Hospital y, con un extraño aparato que llevaban, lo hicieron desaparecer.

Dorwan puso sobre la mesa unos cristales de gafas, a la vista de Magnus.

—Eso es lo que quedó cuando lo hicieron desaparecer delante de varias personas y protegidos por un pelotón de hombres de la División Judas.

—¿Quieren decir que lo han asesinado?

Collins respondió a la pregunta de Magnus:

—No, no lo creemos. Asesinaron a un hombre y lo dejaron carbonizado en el suelo. Por supuesto, se hizo con un Laser terrestre, pero esos alienígenas utilizaron un aparato desconocido para nosotros y mi teoría, creo que la profesora Johnson la comparte...

—Así es —corroboró ella.

—Creo que desintegraron al profesor para trasladarlo atomizado a otro punto, quizá a su nave. Este medio de transporte ha sido un sueño en nuestro planeta en las últimas décadas, pero no lo hemos logrado y esos seres, que evidentemente poseen una tecnología

superior a la nuestra, sí lo han conseguido.

—Nosotros también hemos supuesto lo mismo —ratificó Dorwan —. Se llevaron al profesor Abelson a su nave.

—Entonces, eso quiere decir que el profesor les interesaba mucho. ¿Me equivoco?

—No se equivoca, Magnus. La profesora Johnson le explicará cuál es su descubrimiento.

—Bueno, antes ya hemos comentado que aguardaba un permiso del Gobierno, pero las circunstancias actuales no eran favorables. El profesor creía que había descubierto un virus que activaba la renovación de las células humanas.

—Un poco más claro, profesora —pidió Magnus.

Myrna Johnson esbozó una ligera sonrisa.

—No le voy a dar fórmulas biológicas. En síntesis es que si una célula muere, otra nace y ocupa su lugar, pero eso ocurre hasta una edad determinada, que varía según el individuo. Ese virus seguiría activando el nacimiento de nuevas células que reemplazarán a las viejas y, en teoría, si se inocula a un adulto, sus células se irían renovando y la vejez física no llegaría jamás.

—¿Quiere decir que había descubierto la inmortalidad física?

—Según la teoría del profesor, sí. Faltaba realizar las pruebas con seres humanos, pero en el laboratorio tenemos ratones que ya doblan su edad adulta y siguen sin síntomas de envejecimiento.

—Eso es fabuloso, si es cierto —exclamó Magnus, con sinceridad.

Dorwan le echó un jarro de agua fría al decir:

—Lo malo es que el profesor tiene los datos más importantes en su mente y ha sido secuestrado por los alienígenas.

—Eso es grave —aceptó Magnus—, y me hace sospechar que ellos también buscan la inmortalidad. Si así fuera, habría que pensar que sus células son idénticas a las nuestras.

—Yo no creo que sean iguales a nosotros —se apresuró a decir Myrna—. Los he visto dentro de sus trajes de supervivencia y son espantosamente horribles.

—Hay algo más grave, mucho más grave, que ni siquiera los profesores aquí presentes conocen —comenzó a decir Dorwan con gesto sombrío—. Algo que la Prensa, dentro del momento de confusión, todavía no ha publicado y que puede ser definitivo en el futuro.

Expectantes, todos se dispusieron a escuchar las graves noticias que ensombrecían el rostro de Dorwan, el cerebro que organizaba la resistencia en el área norteamericana.

CAPITULO V

—Está desapareciendo mucha gente —comenzó diciendo Dorwan —. Es lógico en el caos. Algunos mueren en accidente, otros son asesinados, los cadáveres no son identificados. Muchos aprovechan el momento para alejarse de los hogares de los que siempre han deseado huir, pero entre todo el caos, hemos observado algo muy importante.

—Nos está preocupando —dijo Myrna Johnson.

—¿Acaso han desaparecido otros científicos? —preguntó Tab Magnus.

—No se trata de eso. Que sepamos, el único científico secuestrado hasta el momento por los alienígenas, ha sido el profesor Abelson. Su tecnología es superior a la nuestra, ya ha quedado bien claro, pero ellos no conocen tan bien nuestros cuerpos, nuestras células, como nuestros científicos, biólogos o médicos. Lo que hemos observado es la desaparición de niños y niñas.

—¿Quiere decir que han secuestrado niños y niñas?

—Exactamente, profesora Johnson. No se les ha visto hacerlo, pero hemos comenzado a deducir que han sido ellos.

—¿Y para que querrán niños y niñas? —preguntó Magnus.

—Quizá para experimentar —opinó el profesor Collins.

—Sería horrible —musitó Myrna Johnson.

—Ignoramos para qué los quieren, sólo tenemos teorías, suposiciones. No obstante, sabemos que esos niños y niñas corresponden a unos datos físicos concretos, por eso nos han llamado la atención.

—¿Qué datos son ésos? —preguntó Magnus.

—Son rubios de su natural, con ojos claros y piel blanca. Siete años de edad, I. Q. elevado y física y psíquicamente perfectos, sin haber sufrido enfermedades y libres de taras genéticas. Son criaturas un tanto difíciles de seleccionar, puesto que hasta sus dentaduras son perfectas y sus estaturas, de promedio elevadas para sus edades. No sabemos cuántos exactamente se han llevado y si seguirán secuestrando más.

—¿Y para qué querrán a esos niños? —se preguntó Magnus, intrigado.

—Yo insisto en que pueden utilizarlos como cobayas humanas —dijo Collins.

—Sería monstruoso —se estremeció Myrna Johnson—, ¿Y dice que pueden seguir secuestrando más?

—Es muy posible —respondió Dorwan, pesimista—. Quizá quieran formar una especie de colonia para el futuro, no sé. Hay que averiguarlo, y creo que existe una estrecha relación entre la

desaparición del profesor Abelson y esos niños. Usted, Magnus, tendrá que investigar al respecto.

—¡Dios mío! —exclamó la profesora súbitamente.

—¿Qué le pasa, profesora Johnson, se encuentra mal? —le preguntó Dorwan.

—¡Margy!

—¿Quién es Margy? —inquirió Magnus.

—Mi sobrina. Está a mi cuidado desde que sus padres murieron en un accidente de carretera. Su madre era mi hermana.

—¿Qué ocurre con Margy, profesora Johnson? —le preguntó Dorwan.

—Pues que es rubia y de ojos claros, física y psíquicamente perfecta. Su I. Q. es de ciento cuarenta y tiene siete años.

Todos intercambiaron miradas de preocupación.

Dorwan rompió el tenso silencio:

—Habrá que vigilar a esa niña, es posible que también traten de secuestrarla. No sabemos de qué modo, pero ellos obtienen los datos que desean. Ignoramos si seguirán secuestrando más niños o ya tienen los que necesitan; pero, por si acaso, será cuestión de ponerle protección.

—¡Dios mío, que no secuestren a Margy! ¡Debemos esconderla!

—No, profesora, no vamos a esconderla —puntualizó Magnus, tajante.

Myrna Johnson se puso en pie, indignada.

—¿Por que? ¿Acaso pretende que la secuestren a ella también?

—Por favor, entienda que hay otros muchos niños y niñas secuestrados y que, si se acercan a su sobrina, ella puede ser el punto o el cabo de la madeja por el cual podamos empezar a tirar y rescatar a los otros niños. No sé por qué, pero ellos pueden significar el fin de todos los habitantes del planeta.

—¡No toleraré que utilicen a Margy como cebo!

—¿Y qué piensa hacer, profesora Johnson, meterla en el coche y llevársela al bosque a una cabaña? ¿Acaso cree que si no los destruimos ellos se marcharán? —Dorwan movió la cabeza negativamente—. No, no nos convertiremos en sus esclavos. Quizá cuando ellos determinen que ya pueden descender para hacer una ocupación más real del planeta, eliminen a cuantos no les hagamos falta, y a los demás los conviertan en sus esclavos. No sabemos lo que nos espera, pero seguro que será trágico y usted pretende que, ante todo, se defienda a una sola persona cuando millones de vidas son quemadas.

Myrna, pálida, se dejó caer de nuevo en la silla.

Magnus intervino:

—La protegeremos, pero si la presencia de la niña logra que ellos

se acerquen y los podamos capturar, quizá sea el principio de su fin.

—Magnus tiene razón. Estamos buscando desesperadamente un cabo del que tirar, y fuerte, contra los invasores que ahora, mediante los hombres de la División Judas, nos están avasallando, imponiendo su brutalidad, su fuerza. Y ningún Gobierno se atreve a hacerles frente porque temen a las represalias y por ello todos los ejércitos están disueltos. Es más, hay naciones en que los Gobiernos han desaparecido y el hambre se cierne sobre ellos. No tienen defensa alguna.

—Les comprendo, hagan lo que quieran —dijo ahogadamente—, pero yo nunca daré autorización para convertir a Margy en cebo de esos seres que parecen surgidos del averno y no de lejanos sistemas estelares.

Dorwan miró a Magnus significativamente y éste habló:

—Tenemos que defender a Margy y a las otras Margies que ya han desaparecido. Creo que Dorwan está reuniendo aquí el mejor equipo que puede para conseguir arrancar a los niños de las garras de esos seres, cuyas intenciones ignoramos. Muchas madres, padres y tías como usted, estarán desoladas en estos momentos por la desaparición de sus pequeños.

En silencio, Myrna Johnson asintió con la cabeza.

—No entiendo para qué querrán al profesor Abelson y qué tiene que ver con esas criaturas secuestradas, salvo que, como he dicho antes, sean utilizadas como cobayas. Quizá para conocer nuestro comportamiento en determinadas circunstancias.

—¡Por favor, Collins, cállese! —exigió Myrna, al borde de la histeria.

—Habrá que tener en cuenta la proximidad de la casa de usted, profesora Johnson, al J. A. Maryland Hospital. Es posible que ellos vuelvan y hay que estar preparados para todo.

—Estaremos atentos —asintió Collins—. Quizá deseen algunas cosas del profesor, si es que de verdad están interesados en sus experimentos.

—Posiblemente regresen a buscar documentación y en especial esto. —Dorwan señaló los dos cristales de gafas—. Si de verdad lo han transformado atomizado, cuando recupere su forma, sea en el lugar que sea, va a encontrarse con una montura de gafas sin cristales, ya que los cristales no han sido transportados y sí la montura, que debía dé ser plástica.

—Los cristales parecen muy gruesos —observó Magnus.

—El profesor tiene ocho dioptrías en un ojo y cinco y media en el otro —dijo Myrna.

—En ese caso, sin los cristales, habrá quedado prácticamente ciego —sentenció Dorwan—. Esos seres se encontrarán desconcertados, pues parece que ellos no saben lo que son unas gafas. Desconocen mucho

de nosotros todavía, son físicamente muy distintos, y tendrán que volver en busca de los cristales; de lo contrario, el profesor de poco podrá servirles.

Magnus sonrió y dijo:

—Déjemelos a mí, yo me encargaré de ellos.

— Cójalos —indicó Dorwan—, pero recuerde que son el único cabo que tenemos para volver a verlos en un punto determinado. Nuestra única posibilidad, por el momento, de llegar hasta ellos y averiguar la forma de atacarles, su punto débil.

—Pero un hombre solo no podrá hacer nada contra ellos —dijo Myrna, nerviosa.

—Lo que dice la profesora es cierto. Si el ejército, las fuerzas aéreas y astronáuticas mundiales, no han podido nada contra los invasores, ¿qué va a poder este hombre solo?

—Pudiera ser que una pulga irritara más a un elefante que un león, al que obligaría a huir con su sola y monumental presencia.

—Es una teoría arriesgada —opinó Myrna.

—Pues es la única que tenemos. Por supuesto, pondremos a otros miembros de la resistencia en derredor de Magnus y daremos a éste los medios para comunicarse con ellos. Lo que no podemos ofrecer a los invasores es un frente de resistencia coordinada. Ellos emplearían entonces la represalia y millones de seres morirían. En cambio, si consideran que él sólo hace una resistencia individual, lo considerarán como un caso aislado y no habrá represalia general. Sé que es muy poco lo que podemos oponerles, pero es lo único que tenemos y aún es correr mucho riesgo. Hemos de evitar las represalias masivas a toda costa; el aniquilamiento y arrasamiento de grandes ciudades como ya hicieron con Chicago, Osaka y otras, no puede repetirse.

—Confíe en mí, Dorwan.

—Confío en usted, Magnus, por eso le hemos hecho venir. En un momento dado, podrá utilizar contra ellos un super-ultra-caza de combate o una astronave de carga para recuperar a los secuestrados. Usted posee el "carnet" especial de astronauta y, si por algún motivo ha de llegar hasta la nave alienígena, sabrá lo que debe hacer en cada momento pues, además, tiene experiencia en diversas clases de armamentos.

—Muy bien, pero ¿y si todo ello no lo puede utilizar? —objetó Collins.

—Pondremos cada cosa en un punto estratégico y se lo comunicaremos a Magnus en su momento y secretamente. Después, lo empleará según convenga.

—Si esas naves aéreas van hasta un punto determinado, ellos las localizarán. Según dicen los periódicos, están prohibidos toda clase de vuelos —siguió objetando Collins.

—Transportaremos las naves por carretera hasta sus objetivos y ellos no tendrán conocimiento de su presencia. Si hiciera falta, desmontaríamos las naves a piezas para que no las descubrieran.

—Estaré alerta a los enlaces —aceptó Tab Magnus. Luego, algo ceñudo, añadió—: Puedo tener encuentros desagradables con ellos...

—Ellos han matado a muchos de nuestros congéneres. Usted, Magnus, tiene licencia para matar a todo el que se le ponga delante como obstáculo. Tiene prioridad total. Confiamos en usted, Magnus, es el hombre idóneo. Por supuesto, si le ofrecen algún peligro los hombres de la División Judas, no tenga piedad con ellos; han dejado de ser semejantes nuestros. Incluso, si un hombre o mujer normal se interpone en su labor por cualquier cuestión, elimínelo también.

—¡Esto es inhumano! —protestó Myrna.

—Profesora, puede que este hombre extermine una, cinco, diez o quizá cien vidas de personas queridas, pero si consigue salvar a la humanidad, será la labor más importante que hombre alguno haya llevado a cabo a lo largo de toda la historia del Homo Sapiens desde que apareció el Australopithecus erectus en África.

—Dar a un hombre solo tanto poder, es peligroso —opinó Collins.

—Creo que es una pesadísima responsabilidad la que se me otorga —opinó el propio Tab Magnus.

—Usted es la punta de lanza que ha de herir a esos invasores en su talón de Aquiles, nosotros seremos lo demás. Iremos tras de usted y le proporcionaremos cuanto haga falta, pero sólo usted dará la cara. Ellos no pueden averiguar que hay una resistencia organizada detrás de usted, y si algo sospechan —hizo una pausa y su voz se tornó más ronca— usted será eliminado y otro le reemplazará. ¿Está conforme?

—Sí. En el momento en que consideren que soy un peligro para la resistencia organizada, deben eliminarme, es lo justo. Lo comprenderé así y no me defenderé.

—No esperábamos menos de usted, Magnus; por eso ha sido el hombre elegido.

Myrna le miró con miedo, resentimiento y admiración.

Media hora más tarde abandonaban la base secreta de la resistencia organizada.

Magnus conducía el "hover-craft" mientras Collins y Myrna Johnson tenían los ojos cubiertos para no poder identificar el lugar. De esta forma habían llegado a la base y así la abandonaban, sin conocer su ubicación.

En ellos no se podía confiar tan plenamente como en Tab Magnus que, en múltiples ocasiones, había probado su lealtad y entrega en las misiones encomendadas, por peligrosas que éstas fueran.

CAPITULO VI

Tab Magnus se había granjeado rápidamente la amistad de la pequeña Margy. La niña estaba ávida de un padre. Hacía ya algún tiempo que era huérfana y Myrna no daba muestras de querer casarse y tampoco salía con amigos.

Volcó en Tab Magnus la mezcla de afectos que podía sentir una niña de siete años por un padre, un hermano o un amigo, pues Tab abandonó su gravedad en presencia de la pequeña y se infantilizó junto a ella.

—¿De veras que me traerá un hámster?

—Sí, si la tienda de venta de animales no está cerrada.

—Encontrará la zoo-shop de Michael abierta, ya lo verá —palmoteo Margy. Mirando a su tía, rebajó un poco su entusiasmo y dijo confidencialmente al hombre que se hallaba en cuclillas frente a ella—: Tía Myrna dice que ya tiene bastantes bichos en el laboratorio y que no quiere más en casa.

—Pues ese hámster que te voy a comprar sí lo aceptará.

—Eh, que la casa es mía —protestó Myrna Johnson, pseudo-enfadada.

—Y además, te traeremos un perro.

—¿Cómo? —preguntó la niña, ahuecando la boca con asombro.

—Sí, un gran perro guardián.

—¿Para jugar yo?

—No, más bien para que te vigile. Para que no te vayas a escapar, para que no te comas las golosinas sin permiso y para que gruña a los niños que intenten molestarte.

—¡Bien, bien!

—Un hámster come poco, pero un perro guardián y grande... —objetó Myrna, ya más mohína.

—Cuidará de la niña —dijo Magnus, cogiendo a Margy y sentándola sobre él.

—Bueno, si tiene que protegerla... —aceptó Myrna, comprendiendo.

—Ya tengo anotado todo lo que debo hacer en la casa —anunció la señora Jurgens, una esbelta y joven mulata, de altos pechos y firmes caderas.

Recogía su negro y abundante cabello en una especie de cono truncado sobre la nuca y hacia arriba.

Tab Magnus, al verla, lanzó un silbido de admiración.

La señora Jurgens, una viuda muy joven, se detuvo. Miró al hombre y le prodigó una sonrisa con su boca de labios carnosos. Los ojos femeninos brillaron.

El hombre tenía muy buena planta y una mujer algo voluptuosa como ella podía saberlo bien.

A Tab Magnus le hubiera bastado con chasquear los dedos para que muchas mujeres fueran tras él sin preguntar adónde. Pero la señora Jurgens sabía que si los blancos se interesaban por mujeres como ella, era sólo por divertirse, considerándolas una aventura.

Movió la boca, sonriente, como agradeciendo el silbido, y luego, clavó su mirada en Myrna, que la contrataba para ayudar en algunas labores de la casa que ella, por su dedicación profesional, no podía atender.

Myrna se puso tensa. Nunca había comparado su belleza con la de la señora Jurgens; eran diferentes. Quizá Myrna, por deformación profesional, se había preocupado muy poco de sí misma.

Ahora, al tener a Tab Magnus frente a ella y observar aquel ramalazo de imantación sexual surgido entre él y la mulata, instintivamente se estiró la falda a la altura de las caderas. A la señora Jurgens no se le escapó aquel gesto; era casada y tenía más experiencia que Myrna.

—Bien, cuide de la niña. Que no salga de la casa, ni siquiera al jardín.

—Pero, señorita, si hace un sol espléndido. La niña jugará mejor afuera que adentro.

—No la saque —insistió Myrna—. Ya sabe lo que sucede. Hay mucha gente que ha perdido los estribos y se cometen abusos y barbaridades, auténticas salvajadas.

—La niña tiene siete años —protestó la señora Jurgens, casi riéndose del susto que Myrna demostraba.

La profesora no quiso explicar el temor que sentía de que la niña fuera secuestrada por los alienígenas. Miró directamente a los ojos de Magnus, buscando su ayuda; y éste, bajando a la niña al suelo, dijo:

—La señorita Myrna tiene razón. No sería bueno que la pequeña presenciara un acto atroz. Ya sabe que en la calle hay gente que muere.

—Y que le pilla un coche —añadió la niña.

—Está bien, está bien, no la sacaré afuera —aceptó la mujer de color.

—En eso confío. La verdad es que me gustaría quedarme aquí o que usted se quedara, Magnus —sugirió Myrna.

—Llámeme Tab, es más amigable.

—Está bien, Tab.

—¿Teme que se presenten esos alienígenas que fueron al hospital?

Sin quererlo, la señora Jurgens había dado en el clavo con su pregunta.

Un tanto nerviosa, Myrna le respondió:

—Eso sería lo más desagradable que pudiera ocurrir en esta casa. No vaya a olvidar que yo he visto a esos seres cara a cara y son espantosos.

—Por la Virgen, que eso también me daría a mí mucho miedo —exclamó la señora Jurgens, persignándose. Su padre había sido un irlandés católico y su madre, una bella mulata, había sido también muy católica.

—Pues nunca se sabe cuándo pueden presentarse esos seres. Hay que estar en guardia contra ellos —le dijo Tab—. Por cierto, si los viera afuera, dispuestos a entrar en la casa, ¿qué haría usted?

—¿Yo? ¡Dios mío, creo que me desmayaría! Yo no tengo el valor de la señorita Myrna.

—Pues muy mal hecho, porque en ese caso dejaría sola e indefensa a la pequeña Margy.

La señora Jurgens se sintió como cogida en falta y abriendo mucho sus grandes ojos, de limpia y azulada esclerótica, reflejo de salud, dijo:

—Es cierto, está la niña. Pues creo que levantaría la trampilla que baja al sótano y nos esconderíamos las dos hasta que se alejaran.

—Correcto —aceptó Myrna—. Si los ves, ya sabes, al sótano con Margy y a quedarse dentro calladas y como muertas. ¿Entendido?

—Sí, señora Myrna, no se preocupe; aunque, con esas ideas, me ha preocupado a mí.

—Hasta luego.

Tras la despedida de Tab Magnus, la niña le agarró por el pantalón, recordándole:

—No se olvide del hámster ni del perro guardián. Siempre me han gustado mucho los perros, pero que no me muerdan, porque también me dan mucho miedo.

—Lo escogeremos muy fiero, pero que sea tu amigo y que a ti no te muerda nunca. ¿De acuerdo?

—Sí. Yo le compraré botes de comida en el supermercado y, si es muy grande, le compraré muchos, muchos botes.

Tab Magnus le acarició la mejilla cariñosamente y, poco después, él y Myrna se deslizaban por el bulevar, a cuyos lados se alzaban casitas de una planta con jardín.

En algo menos de veinte minutos, el "hover-craft" de brillante aspecto y totalmente silencioso, impulsado por una pequeña pila atómica, les condujo al J. A. Maryland Hospital.

El hospital, rodeado de un extenso parque con abundancia de árboles y césped, por el que paseaban algunos de los allí recluidos, en período de recuperación, estaba iluminado por un agradable y tibio sol.

El ambiente del personal del hospital no era tan bueno como el de la edificación en sí. Tras el ataque sufrido, donde un hombre había

muerto y el profesor había desaparecido ante los ojos de varios testigos, se había creado tal desasosiego, que algunos pacientes habían pedido el alta precipitadamente, incluso antes de ser intervenidos quirúrgicamente.

Parte del personal había abandonado sus puestos. La presencia allí de hombres de la División Judas y, por si fuera poco, de los propios alienígenas, había ayudado a fomentar el pánico y que algunos eligieran el camino de las montañas ante lo que ya creían el fin de la humanidad.

Al caer la tarde, por la ciudad e incluso frente al hospital, desfilaban procesiones de las más distintas religiones, elevando cánticos y oraciones quejumbrosas.

Collins estaba en el laboratorio. Abundantes arrugas marcaban su rostro y parecía muy cansado.

—Hola, ¿cómo se encuentra? —le preguntó Tab.

—El profesor Abelson era un loco, un verdadero loco.

—¿Por qué? —preguntó la propia Myrna.

—Porque guardaba demasiados datos en su memoria.

—Siempre se mostró orgulloso de su memoria. Era capaz de aprenderse un par de páginas de la guía telefónica, sin mucho esfuerzo y en poquísimo tiempo —explicó Myrna Johnson.

—Sí, pero todos estamos expuestos a un accidente. Podía sobrevenirle la muerte o una amnesia. En ocasiones, basta un golpe duro para perder la facultad de la memoria —protestó Collins.

—¿Es posible que siendo ambos los ayudantes directos del profesor Abelson no logren componer los datos que faltan?

Myrna fue la que respondió a Magnus con cierta resignación :

—Sí, sí es posible. El profesor Abelson se quedaba muchas horas de más trabajando aquí solo, y nos pedía que nos fuéramos. Decía que él, por ser viejo, dormía menos y podía aguantar mucho más.

Collins explicó :

—Para observar las reacciones de un ratón, se pasaba horas y horas frente a la jaula, mirándolo a través de sus gruesas gafas de miope. Creo que ni pestañeaba. Yo no resisto tanto. Se lo dije al profesor y él me respondió que no me apurara, que ya llegaría a viejo.

Tab Mangus dio una ojeada al laboratorio. No era muy grande, más bien íntimo. Tenía dos puertas. Una se abría directamente al jardín y la otra, por la cual habían entrado, daba a un corredor de paredes cubiertas con mosaicos azul claro y lámparas circulares, con cristal opal, pegadas al techo.

De pronto, se escuchó un largo y agudo grito de mujer.

Los tres se miraron preocupados, aunque oír un grito femenino en un hospital no era nada insólito. Había psicópatas que, de repente, podían chillar sin motivo aparente; otras, por temor a una

intervención y las había que despertaban muy mal de las anestesias, quizá porque secretamente ya eran adictas a los estimulantes.

Ninguno de los tres había pronunciado palabra cuando comenzó a sonar un poderoso timbre que hizo vibrar sus tímpanos.

Myrna, sintiendo el miedo en su boca, dijo:

—Es la alarma.

Tab se acercó a la puerta. Parte de ella era de cristal transparente y a través de él vio unos vehículos que se detenían.

—Son los hombres de la División Judas.

Al mirar hacia arriba, se inquietó más.

Dos naves alienígenas, posiblemente brotadas de la panza de la gran nave "madre", se aproximaban lanzando destellos, mientras descendían lentamente sobre el verde césped de los parques del J. A. Maryland Hospital.

CAPITULO VII

Dejó de sonar la alarma y las luces se apagaron. Era obvio que habían cortado la corriente eléctrica.

De cuando en cuando se escuchaba algún grito de terror, pero el pavor más anquilosante se había apoderado de cuantos se hallaban en el hospital.

Algunos intentaron huir, pero las armas de los hombres de la División Judas los carbonizaron con los pequeños fusiles Laser que portaban colgados de una correa ajustada a sus respectivos hombros.

Al ver caer a las primeras víctimas, los que se hallaban en el hospital se concentraron dentro, tratando de esconderse hasta en los mismísimos armarios.

Tab Magnus opinó:

—Por los hombres de la División Judas que han venido, la operación tiene mucha importancia para ellos.

Las dos naves interestelares permanecían quietas. Eran mitad ovoides, pues la panza era casi plana y poseían una especie de torre cónica en cuya cúspide brillaba una luz verdosa.A Tab le pareció que aquello podía ser una especie de detector o captador, quizá de imágenes, sonidos o rayos infrarrojos. ¿Quién podía saberlo?

En una de las naves, más grandes que la que penetrara en la mismísima asamblea de la ONU, perforando su cúpula, se abrió una escotilla.

Brotó una escalera que llegó hasta la hierba, que apareció

requemada en torno a la nave que, sin duda alguna, despedía rayos, quizá térmicos o de otro tipo.

Aparecieron cuatro miembros de la División Judas, que debían venir de la mismísima nave "madre", que seguía en órbita alrededor de la Tierra, como observándola atentamente, pero sin miedo a que escapara, como un gran gato maligno ante un ratón atrapado por la panza en un cepo, mientras chillaba y chillaba inútilmente.

La otra nave también abrió su escotilla y por ella salieron tres hombres más de la División Judas. Uno de ellos era más alto, más fornido.

Vestía un abrigo militar del mismo color oscuro que las guerreras de los demás. No portaba fusil Laser, pero usaba una especie de insignia, tanto en sus bocamangas como en su gorra, consistente en un sol de oro rodeado por cinco estrellas de diamantes.

—Ese parece el jefe —opinó Tab Magnus.

Collins demostró poseer buena vista y dijo:

—Creo que a ese hombre le conozco.

Tab le observó con mayor atención. Luego, exclamó, sorprendido:

—Es Von Strassen.

—¿Von Strassen? —repitió Myrna Johnson—. Creo que he oído ese nombre en alguna ocasión.

—Ese hombre, en el dos mil dos, trató de dar un golpe de Estado en Alemania para militarizarla, recordando viejos tiempos. No lo consiguió y el golpe de Estado fue abortado. El desapareció, aunque, dos años más tarde, una revista publicó que se le había visto por Latinoamérica.

—Pues ya le vemos de nuevo y, esta vez, su golpe de Estado no ha sido pequeño. Trata de apoderarse del mundo entero —opinó Collins.

Tab Magnus le observó con más atención. Sabía que bajo aquella gorra de plato, al estilo de las germánicas de los años cuarenta, había un cráneo totalmente exento de cabello.

Von Strassen despedía fuerza, magnetismo y carencia de sentimientos. Pese a su fortaleza, avanzaba con las manos hundidas en los bolsillos del abrigo.

—No comprendo cómo un hombre de nuestro planeta ha podido ponerse a las órdenes de los asesinos extraterrestres para secundarles y seguir imponiendo el terror.

—No hay nada que hacer —suspiró Collins, pesimista—. Nos guste o no, estamos dominados, aplastados por su poder, como ocurrió aquí, en la propia Norteamérica, cuando llegó el hombre blanco e hizo sucumbir al indio. Lo mismo pasará ahora.

—Siempre queda una esperanza, una pequeña llama que hay que avivar para que se convierta en un voraz incendio que nos libre del invasor.

—Dorwan es muy ingenuo, si piensa que lo va a conseguir. Esas naves son invulnerables.

—Han de tener algún punto débil y lo encontraremos —gruñó, contundente, Tab Magnus.

—¿Esos hombres de la División Judas vendrán aquí? —preguntó Myrna, muy asustada.

—Vienen por los cristales de gafas que yo tengo —dijo Magnus—. Por lo visto, el profesor Abelson y sus descubrimientos les interesan mucho.

—¿Qué haremos? Tienen rodeado el hospital.

—No tema, Myrna, ya haremos algo. No les podemos ofrecer un frente porque carecemos de él. Los guerrilleros suelen obrar según viene la situación.

—Yo no quiero que me atrapen, me voy de aquí —dijo Collins, cogiendo algo de un cajón y metiéndoselo en el bolsillo de su chaqueta blanca de trabajo.

Tab no le detuvo. Collins se marchó y, ya en el pasillo, perdió su aparente naturalidad.

Miró en derredor y viendo que no le seguían, aceleró el paso. Conocía muy bien las dependencias del hospital y llegó en seguida a recepción.

Allí, casi se dio de bruces con los hombres de la División Judas, que eran varios pelotones armados, aunque sólo siete habían bajado de las naves extrañas. Los otros habían llegado en vehículos terrestres, acudiendo a aquella misión al parecer previamente planificada.

—¡Von Strassen, Von Strassen!

Los ojos de aquel enorme alemán brillaron, hostiles. Su boca era grande y lo parecía más por una cicatriz, producto de una herida de bala que le subía en sesgo desde la comisura del labio izquierdo hasta la oreja.

—Exterminadlo —ordenó, sin sacar las manos de sus bolsillos.

Los fusiles cortos Laser apuntaron a Collins. Este se dejó caer de rodillas ante el que semejaba comandar la División Judas. El era el Judas que se vendía a los alienígenas, poniendo a sus pies a toda la Humanidad.

—¡Von Strassen, no me mate, yo puedo servirle mucho! ¡Soy Collins!

—¿Collins? —repitió con su voz gruesa.

—Sí, el profesor Collins, ayudante del profesor Abelson.

—¡Esperad! —ordenó a quienes iban a ejecutarlo.

—No soy un estúpido y sé perfectamente, como todos, quién va a gobernar la Tierra en lo sucesivo.

—¿Ah, sí, y quién va a ser?

—Los alienígenas.

—Vaya, parece que eres un dechado de inteligencia e intuición —se rió con sarcasmo.

—Yo soy un científico. El profesor Abelson parece interesarles mucho; él quizá no quiera colaborar, pero yo sí. Un científico siempre les irá muy bien.

—Quieres arrimarte al fuego que más caliente, ¿eh, Collins?

—Sí, y quiero demostrarlo con esto.

Del bolsillo sacó unas gafas de concha oscura, que entregó a Von Strassen. Este sacó las manos del bolsillo por primera vez, recogiendo los anteojos.

—Vaya, vaya, con que las gafas, ¿eh?

—Son las gafas del profesor Abelson; las tenía en un cajón del laboratorio. No podía hacer nada sin ellas y tenía unas de repuesto, por si se le rompían.

—Recuerdo muy bien cuando el profesor Abelson salió de la transportadora atomizante. Tenía las gafas puestas, pero sin cristales. Achicaba los ojos para tratar de ver mejor y no veía nada. —Volvió a reír, con aquella risa gruesa que le caracterizaba—. Fue toda una sorpresa. ¡Pobre profesor! Apenas veía, no servía para nada. Tuve que explicarles lo que eran unas gafas, puesto que ellos no las han usado jamás.

—Con éstas, el profesor Abelson podrá volver a trabajar. Además, yo conozco mucho de sus descubrimientos, y estoy dispuesto a colaborar. Sólo pido un puesto entre los amigos adictos a los alienígenas como usted -—dijo, con cierto temblor en su voz.

Von Strassen descargó su mano sobre el cuello de Collins y lo agarró por él, riéndose.

—Como yo, ¿eh?

—Bueno, con su jerarquía, no, claro, quiero decir como servidor fiel de ellos —balbució, poniéndose rojo; Von Strassen lo asfixiaba con su manaza.

—Sí, es posible que nos sirvas, tú y la profesora Johnson. ¿Dónde está ella?

—En el laboratorio.

—Magnífico, porque es muy importante ir al laboratorio de microbiología. Es indispensable recoger todos los apuntes del profesor Abelson, también el caldo de cultivo y cuanto haga falta para que prosiga sus experimentos con ese virus que usted y yo conocemos.

—Sí, sí, nadie mejor que yo podrá servirles en todo este asunto.

—Magnífico, Collins, magnífico. Adelante, vayamos al laboratorio. —Movió las gafas del profesor Abelson, con gesto de triunfo.

Collins, nervioso, excitado, se apresuró a caminar hacia el laboratorio de microbiología.

En el momento que penetraban en el laboratorio, se cerró la puerta

que daba al jardín y una granada incendiaria y disgregante estallaba en la estancia.

Tab Magnus había comenzado a actuar.

CAPITULO VIII

El incendio se extendió, rápido y voraz, por el laboratorio de microbiología.

Collins se puso pálido y retrocedió ante el empuje de las llamas. Von Strassen enrojeció de ira y sus ojos chispearon, homicidas.

—¡Malditos! ¡Hay que salvar lo que se pueda, hay que salvarlo!

Tres hombres de la División Judas penetraron en el laboratorio. Un frasco de alcohol estalló y uno de aquellos sujetos se convirtió en una antorcha humana, mientras gritaba.

Collins retrocedió, al tiempo que decía a Von Strassen:

—En el vestuario, en el vestuario.

Con el rostro iluminado por el fuego y la rabia, Von Strassen apremió:

—¿En el vestuario qué?

—Tengo dos frascos con virus descubiertos por el doctor Abelson. Los hurté por si pasaba algo como lo que está ocurriendo.

—Muy bien, Collins, muy bien. Vayamos ahora mismo a buscarlos. Aquí no hay nada que salvar y quiero saber quién ha sido el que lo ha incendiado. ¿Acaso la profesora Johnson?

Collins quiso inhibirse de aquel problema. Si callaba ahora con respecto a Tab Magnus, podía ser una carta a su favor, si su vida corría luego peligro.

Para granjearse la amistad de aquellos seres, explicaría quién era Tab Magnus y la organización que se había formado para la resistencia contra los invasores.

Si cometía la torpeza de vomitarlo todo en aquellos momentos, acogotado por el miedo, ya no les serviría de mucho y podrían matarlo.

Mientras, Tab Magnus cogía de la mano a Myrna Johnson y tiraba materialmente de ella, haciéndola correr por detrás de unos macizos que había junto a las paredes del edificio.

Los hombres de la División Judas cercaban por completo el hospital, mientras otros compañeros suyos permanecían dentro.

El fuego del laboratorio les llamó la atención, pues los cristales de la puerta se rompieron.

—Más adelante hay unas ventanas que dan a las cocinas, siempre

sale olor a comida por ahí —indicó Myrna.

Varios hombres de la División Judas corrieron hacia la puerta del laboratorio. La pareja había conseguido pasar desapercibida, aunque no podía atreverse a cruzar el césped, alejándose del edificio, pues corrían el peligro de ser exterminados como todos los que ya lo habían intentado, y cuyos cadáveres yacían sobre la hierba, carbonizados.

Llegaron hasta las ventanas que, casi a ras de suelo, daban a la cocina que se ubicaba en los sótanos.

Tab empujó una de las cristaleras y se deslizó hacia el interior de la cocina, quedando sobre un armario. Luego, ayudó a Myrna a entrar, asiéndola por la cintura.

Al ser cogida, Myrna sintió una sensación muy agradable, que nunca antes había experimentado. Sí, no cabía duda, le gustaba que aquel hombre, un tanto cínico, la tomara entre sus manos.

Instintivamente, como un ramalazo, acudió a su mente la figura de la señora Jurgens sonriendo a Tab Magnus, y tuvo celos.

—¿Está bien?

—Sí —dijo, volviendo a la realidad.

La cocina estaba vacía.

En el hospital se oían gritos y unos empleados corrían con extintores hacia el laboratorio para evitar que ardiera todo el edificio.

Tab Magnus lamentó que algunos enfermos encamados se pusieran histéricos al oír la palabra "fuego", pero era mejor evitar que Von Strassen se llevara cuanto pudiera del laboratorio para que el descubrimiento del profesor Abelson no fuera utilizado por los alienígenas.

No había nadie en la cocina y el manómetro de una gran caldera autoclave estaba subiendo. Dentro se estaría cociendo verdura, pero la aguja comenzaba a señalar la zona roja de peligro, mientras el fuego continuaba calentándola.

—Espero que las válvulas de seguridad funcionen —se dijo Tab.

—¿Qué dice?—Nada, salgamos de aquí.

—¿Adónde?

Tab Magnus puso su mano sobre el pecho de la joven y le arrancó el distintivo con su nombre y el cargo de profesora.

Ella quedó quieta un instante; sintió como agujitas pinchándole las mejillas y luego preguntó:

—¿Qué hace, Tab?

—Quitarle esto, será mejor que se lo guarde. Ahora, tendré que dejarla. Mézclese entre el personal femenino; es importante que no la identifiquen. Pase como una enfermera más.

—¿Y usted?

—Yo tengo que hacer, no se preocupe de mí.

—¿Y Margy, irán por Margy? —repitió, recordando a su sobrina.

—No lo sé. Cuando ellos hayan abandonado esta zona, vaya a su casa y proteja a la niña. Yo haré lo mismo, pero creo que, por el momento, salir de aquí es un suicidio.

—Dios mío, nunca hubiera pensado tal cosa de Collins.

—No hemos oído sus palabras, pero bastaba verle arrodillado a los pies de Von Strassen, el peor de los Judas que haya conocido la humanidad.

—Sí, y Collins sigue sus pasos. Conocía su ambición, pero no le hubiera creído capaz de una traición semejante.

—Vivimos tiempos muy difíciles. Es el momento de los grandes heroísmos, de las grandes desesperaciones, de las grandes traiciones, pero no perdamos más tiempo.

Ella le cogió por el brazo.

—Tab, ¿qué es lo que quiere hacer?

—Una de las cosas que me gustaría hacer ahora que veo el gran interés que esos seres tienen por el profesor Abelson, es liquidar a Collins para que no les ayude.

—¿Liquidar a Collins?

—Sí. ¿Acaso no ha visto a los hombres y mujeres que los miembros de la División Judas han dejado muertos ahí afuera?

—Sí.

—Pues no hablemos más.

Myrna le siguió, subiendo por una escalera. Había gente agrupada y Tab, en silencio, con señas, le indicó que se mezclara entre el personal del hospital.

Se apartó de ella, apretándole fuertemente la mano para infundirle confianza. Luego, se deslizó hacia un corredor, que conducía a una escalinata alta.

Descubrió a uno de los hombres de la División Judas, protegiendo la escalera.

Se le acercó por la espalda con sigilo y le asestó un fuerte golpe de kárate en la base de la nuca. El hombre de la División Judas se desplomó, sin proferir un solo grito.

Tab Magnus lo cogió por las axilas y lo introdujo en una dependencia vacía. Allí, le despojó rápidamente de sus ropas y sé vistió con ellas, tomando el fusil Laser.

Sabía que no podría mezclarse con ellos, le reconocerían a la luz del día, pero pensaba darles guerra.

Siguió subiendo escaleras, ascendiendo pisos. Los hombres de la División Judas se habían quedado en la planta.

Anduvo a lo largo de un pasillo de amplios ventanales.

En aquellos instantes, se hallaba en la fachada opuesta al lugar donde habían aterrizado las naves invasoras pero allí delante tenía dos vehículos de la División Judas.

Abrió con cuidado una de las ventanas, se asomó por ella y apuntó con el Laser que se había agenciado, disparando contra uno de los vehículos allí estacionados que estalló, incendiándose rápidamente.

Barrió materialmente con el Laser a varios de aquellos Judas uniformados, pero, como era lógico, ellos replicaron, y los metales de los cuadros de las ventanas se fundieron.

Algunos cristales rebotaron el Laser. Otros, al encontrar un ligero polvillo que retuvo el haz del Laser, se fundieron y parte del muro saltó.

—¡Arriba, arriba, está en el tercer piso! —gritaron aquellos hombres.

Tab se alejó gateando.

No era un inexperto que corriera a esconderse alocadamente. Aunque tratara de mezclarse entre los enfermos que corrían por los pasillos, cojeando o tosiendo, lo atraparían; si continuaba subiendo, llegaría a la azotea y allí no tendría escapatoria.

Se fijó en el ascensor con puerta de plancha metálica y estrecha mirilla de cristal. Sacó una llave pequeña, para usos múltiples, y hurgó en el orificio de apertura técnica de la puerta.

Tab Magnus llevaba consigo varios objetos, de los que no había hablado, entre ellos cuatro granadas, dos explosivas y dos incendiarias, y una pequeña pistola Laser de escasa potencia. Por ello prefería usar el fusil.

Abrió la puerta del elevador. Allí, por supuesto, no estaba la cabina, pues se hallaba en la planta. Sin embargo se introdujo en el foso del ascensor colgándose de uno de los hierros empotrados en la pared y que sujetaban las guías de deslizamiento. Arriesgándose, cerró la puerta.

Consiguió poner pie en otro de los hierros. Suspiró. La grasa abundaba allí y sus manos se estaban volviendo peligrosamente resbaladizas.

Escuchó pasos.

Eran botas que golpeaban en el fino suelo de mosaico pulido. El ascensor se puso en marcha. Varios hombres se habían introducido en él.

La cabina era considerablemente grande para que pudiera caber en ella la camilla rodante con un paciente y accesorios, además de un médico, una enfermera y dos camilleros.

El elevador se le aproximaba; el peligro se hacía inminente.

Mientras Magnus permanecía colgado de la guía deslizante, dos hombres de la División Judas se acercaron a la puerta y comenzaron a observar por la mirilla estrecha y larga.

Von Strassen empujó a Collins hacia el vestíbulo. Ya tenía en su mano los dos frascos de virus capaces de regenerar las células

envejecidas del cuerpo humano. De súbito, Collins descubrió a su colega y compañera mezclada con otras asustadas enfermeras.

—¡Esa, ésa es la profesora Johnson!

Myrna, asustada, echó a correr, pero a una orden de Von Strassen, hombres de la División Judas le cortaron el paso.

En vano trató de huir. La cogieron por el cabello y gritó de dolor mientras Von Strassen sonreía, satisfecho.

Aquella misión estaba resultando muy productiva. Tenía las gafas del profesor Abelson para que éste pudiera ver y seguir adelante con sus experimentos; dos frascos de virus especiales, que le llevarían a la inmortalidad física, a menos que sucumbiera por muerte violenta, pues él sería uno de los beneficiados con el descubrimiento, y luego también tenía a los ayudantes del profesor para que éste estuviera bien apoyado en su trabajo, especialmente por Collins, quien parecía dispuesto a todo para convertirse en perro de los nuevos amos.

CAPITULO IX

El techo del ascensor, con sus cables y resortes, estaba bajo Tab Magnus, y seguía subiendo a buena velocidad. Cuando llegara a él, lo arrancaría de la guía de deslizamiento. Tenía que saltar y debía hacerlo con cuidado de no dar ningún golpe que delatara su presencia, pues la cabina estaba repleta de hombres de la División Judas, que le buscaban ansiosamente.

Casi sintió sobre sí la mirada inquisitiva de uno de aquellos perros uniformados que estaban ante la puerta del piso tercero. Si le descubrían, estaba perdido. Allí dentro no tenía escapatoria posible, aquello era una verdadera ratonera.

Puso un pie sobre el techo del ascensor, haciendo que su rodilla actuara como vértice de un muelle angular; luego, su pierna cedió. De esta forma, el contacto con la cabina del ascensor se hizo suavemente, sin golpes alarmantes que le delataran.

Quedó sobre la cabina y el elevador siguió subiendo hasta detenerse en el piso tercero. Magnus quedó casi a nivel de la puerta del cuarto piso. Corría el riesgo deque otros miraran desde allí y le descubrieran. Entonces, nadie le salvaría de la muerte.

—Aquí no está —gruñeron en el piso tercero.

—Hay que seguir buscando —dijo otro que estaba dentro del elevador y que podía ser un oficial.

La puerta del ascensor volvió a cerrarse y subió otro piso; Tab Magnus permanecía sobre el techo.

Aquellos tipos estaban dispuestos a registrar todo el hospital para

encontrarle.

Las habitaciones de los enfermos, aun de los más graves, eran revisadas minuciosamente.

El ascensor seguía subiendo y lo hizo hasta la séptima y última planta.

Magnus se fijó en una trampilla de acero que había sobre él. La empujó y ésta cedió. Se colgó el fusil en bandolera y, cogiéndose a pulso del borde del cuadro de hierro que conformaba la trampilla, subió por ella, rozando los cables.

Quedó en el cuarto de máquinas. Abrió su puerta y salió a la azotea del J. A. Maryland Hospital.

Los hombres de la División Judas podían presentarse allí, de un momento a otro. Por ello, descubriendo un contenedor metálico que debía almacenar cemento y otros útiles para reparaciones de albañilería, lo corrió delante de la puerta de la azotea.

Después, se tendió boca abajo junto a la baranda que era muy baja y peligrosa. Asomó su cabeza cuidadosamente y miró hacia la gran extensión de hierba donde se habían posado las dos naves.

Apretó los labios de rabia al observar que por una de las escalerillas subían Collins. Von Strassen y la propia Myrna Johnson, empujada por el cañón de uno do los fusiles Laser.

—La han atrapado. Collins la habrá identificado; debí suponerlo.

Si aquellas naves eran del mismo material que la que orbitaba la Tierra, y que por el momento constituía la colonia de los invasores, serían totalmente invulnerables.

La escotilla de una de aquellas naves comenzó a cerrarse, llevándose a Myrna Johnson. La otra aún estaba abierta; por ella penetraban los hombres de la División Judas que habían llegado en la misma, posiblemente los más fieles a Von Strassen.

Una idea relampagueó en la mente de Tab Magnus, casi le hizo daño. Sabía que si la llevaba a cabo podía traerle muchos problemas, mas no había tiempo para pensar, sino para decidir.

Apuntó justo a la boca de la escotilla.

Las paredes exteriores de la nave interestelar eran invulnerables al Laser por su perfecta pulimentación o quizá por estar revestidas de una materia tipo diamante o zafiro endurecido sintético en el que rebotaba el Laser, pero el interior debía ser distinto. No dudó más y jaló el gatillo del fusil.

El haz del rayo mortífero penetró por la escotilla, alcanzando a uno de los hombres de la División Judas.

Se incendió y cayó al suelo, pero Tab, a riesgo de ser barrido por las armas de aquellos hombres, aguantó. Debió fundir algo dentro de la nave que vio aumentar su temperatura interior de una forma más que alarmante. Sin tiempo para cerrar la escotilla y aislarse del

sorpresivo ataque, estalló convirtiéndose en una cegadora bola de fuego, una bola blanca, ígnea como el Sol.

Tab Magnus ya había sido descubierto, incluso comenzaron a apuntarle, pero la explosión de la nave alienígena lo cambió todo. Sacudió a los hombres de la División Judas, incendió uno de sus vehículos "hover-craft" y la onda calorífica .llegó hasta la mismísima azotea del hospital.

Tab Magnus la sintió en la cara y se protegió bajo la balaustrada de ladrillo. Oyó cómo se rompían todos los cristales de aquella fachada.

La otra nave recibió parte de la onda explosiva, debido a la cercanía de la afectada y casi volcó. Los que estaban en su interior debieron ser sacudidos como si se hallaran dentro de una gigantesca coctelera.

La nave indemne logró restablecer su equilibrio, aunque sus ocupantes debían hallarse aturdidos. Tab comprendió que comenzaría a elevarse, pero no se marcharía sin dar su merecido a quien había destruido la nave gemela. Por ello, Magnus corrió de nuevo hacia la cabina del ascensor.

Se colgó el fusil en bandolera y buscó en derredor. Halló unos trapos que debían de utilizar los mecánicos ascensoristas cuando iban a reparar la maquinaria y con ellos se agarró a los cables, descendiendo al foso.

Sus pies colgaron en el vacío; la cabina estaba en la planta.

Sus posibilidades de salvarse eran mínimas. Si los trapos se rompían, sus manos quedarían cortadas por el roce y caería al vacío, aplastándose contra el techo del ascensor. Para que eso no ocurriera, debía hacer poca presión en el cable. Ello le hizo adquirir velocidad de caída.

En aquel momento, la nave alienígena se elevó y disparó un rayo apocalíptico. El cuarto de máquinas del ascensor se fundió en breves instantes, los cables se desprendieron desde lo alto, pero ya Tab Magnus había llegado casi al fondo y con fuertes presiones de sus manos sobre los trapos, hizo de freno. El trapo se recalentó y sacó humo, pero logró tocar el techo del elevador, cuando los cables caían sobre él. Tab aguantó los golpes y escuchó voces airadas bajo sus pies.

—¡Se ha estropeado el ascensor!

—¡Hay que subir a pie! —gritó otro.

La nave invasora quizá hubiera arrasado totalmente el hospital, de no hallarse dentro de él dos pelotones de la División Judas que buscaban ferozmente, con verdadera rabia de perros de presa, a Tab Magnus, el hombre que había logrado destruir una de las naves alienígenas.

Cuando la noticia se propagara por toda la Tierra, un rayo de esperanza se abriría en todos los corazones. No eran invulnerables;

alguien, todavía desconocido, había conseguido destruir una de sus naves. Mas sólo era una tenue esperanza, la resistencia sólo había hecho que comenzar.

La nave se alejó, brillante, de la Tierra. Tab Magnus quedó abajo, acosado por los hombres de la División Judas.

Se había producido un gran desconcierto. Tab tenía que decidir entre quedarse allí, aguardando hasta la noche, o intentar marcharse en aquel mismo momento, como fuera. Pensó en la pequeña Margy y decidió regresar junto a ella.

Trepó como pudo hasta la puerta del segundo piso. Allí, movió su resorte desde el interior del foso y la abrió. Abandonó el foso donde la muerte había aleteado en torno a su cuerpo.

Debía descender a la planta o al sótano y salir por la fachada posterior del hospital. Allí había aniquilado a los vehículos patrulleros de los hombres de la División Judas y cabía la posibilidad de que no los hubieran repuesto.

Corrió hacia las escaleras y descendió por ellas de tres en tres, con el fusil por delante.

Al pie de las mismas le salieron al paso dos hombres de la División Judas, que quedaron sorprendidos por la presencia de Magnus, que se les echaba encima como un huracán demoledor, vomitando fuego.

El Laser aniquiló a los dos hombres. En el vestíbulo había más, por lo que continuó descendiendo al sótano. Corrió por él hasta la lavandería y al llegar a ella, que estaba vacía, miró la rampa con la cinta de goma que debía de enviar los paquetes al exterior.

En aquel instante se produjo una fuerte explosión. Segundos después, cuando ya todo había dejado de conmocionarse, algunos tabiques habían caído y un techo tenía un enorme boquete, hasta el olfato de Tab Magnus llegó un fuerte olor a comida.

—La olla a presión gigante —se dijo.

Las válvulas no habían funcionado en la forma necesaria y, descuidada, con el fuego encendido, había terminado por estallar.

Subió por la cinta de goma y salió por una abertura. Allí había un pequeño muelle donde aparcaban las furgonetas de servicio.

Tab se subió a una de ellas. No era un modelo rápido, pero sí resistente. La puso en marcha, se elevó un par de pies del asfalto y luego la lanzó hacia delante.

Escaparía por el bosque, pues posiblemente lo que tendrían más guardado sería la entrada principal del hospital.

Los hombres de la División Judas le descubrieron. Tab, con la culata de su fusil corto Laser, reventó el cristal parabrisas de la furgoneta "hover-craft" y, sin dejar de conducir, disparó sobre los que corrían a su encuentro.

Convirtió a dos más en llamas, pero su vehículo, cuando alcanzaba

el bosque, fue alcanzado, incendiándose rápidamente. Tab lo detuvo y salió de un salto por el hueco del cristal parabrisas.

Corrió hacia los árboles en busca de protección. Media docena de hombres de la División Judas le perseguían.

Sacó dos granadas de pequeño volumen, pero altamente efectivas. Lanzó primero una contra la propia furgoneta, que estalló esparciendo el fuego en su derredor.

Arrojó después la otra disgregante e incendiaria y creó una cortina de fuego que obligaría a sus perseguidores a rodearlo si querían seguirle mientras corría en zig zag entre la arboleda.

Llegó hasta el muro sobre el que se alzaba una pequeña reja. Había hiedra enredada en ella y agarrándose a los fuertes tallos, trepó hasta lo alto de la pared.

Cuando iba a saltar, ya a horcajadas sobre ella, apareció uno de los vehículos patrulleros de la División Judas, posiblemente fundada por Von Strassen para servir a los nuevos amos.

Dentro del patrullero había media docena de hombres armados, que acababan de localizarle. Les encañonó con el Laser. Era la vida de ellos o la suya. Quien disparara antes seguiría sobreviviendo.

Jaló el gatillo, mas no brotó el haz del Laser. La carga del fusil se había agotado y era ya un objeto inútil. Nada podía hacer con él y allí, enfrente, algo más abajo, estaban sus enemigos.

CAPITULO X

Desde un vehículo estacionado al otro lado de la avenida, brotó un poderoso haz de Laser, y todo el vehículo patrullero se puso incandescente, abrasando a cuantos se hallaban dentro.

Tab Magnus bendijo la oportuna aparición de quien acababa de salvarle la vida y, saltando el muro, corrió hacia él, mientras el patrullero y sus ocupantes se reducían a cenizas.

La portezuela de aquel vehículo desconocido se abrió y Tab Magnus saltó a su interior. El coche salió zumbando a gran velocidad, perdiéndose en el bulevar.

Tab observó al hombre que conducía. Tenía un rostro anguloso, algo picado por granos profundos de pubertad. Su cabello era escaso y corto y su actitud parecía muy decidida.

—Le ha ido de poco, Magnus.

—Es cierto. De no disparar usted, ahora estaría achicharrado.

He de felicitarle por la destrucción de la nave alienígena. Ha sido un éxito del que se va a enterar todo el orbe.

—¿Quiere decir que es tan importante?

—Yo lo creo así y Dorwan pensará igual. No es que los invasores hayan sido destruidos con esa nave, pero ha sido un comienzo. Se ha demostrado que no son invulnerables, que hay posibilidades de destruirlos, sólo hay que buscar la forma. ¿Cómo lo consiguió?

—Tenían la escotilla abierta. Estaban entrando en la nave y he aprovechado para darles un "sifonazo" de Laser. Lo mismo hacían en las guerras antiguas: tirar el explosivo dentro de los vehículos acorazados.

—Es un buen plan, pero no sabemos cómo van a abrir la escotilla de la nave "madre", dentro de la cual se almacenan las demás.

—Un buen momento sería cuando las naves penetran en ella.

—Sí, pero es difícil descubrir ese momento. Esa nave despide un brillo tal que ciega a los que tratan de mirarla telescópicamente. No obstante, se lo comunicaré a Dorwan. Ya sabemos cuál es su talón de Aquiles.

—Creo que ahora ellos se pondrán más alerta.

—Eso es seguro. Lo que esperamos es que no tomen una acción de represalia, aunque cuando se propague la noticia de lo ocurrido, las gentes abandonarán las ciudades e irán a ocultarse en los bosques.

—Eso espero —opinó Tab Magnus, preocupado.

—Ojalá piensen que es una acción aislada.

—De eso ya no podemos estar seguros.

—¿Por qué?

—Han secuestrado a la profesora Johnson y a Collins.

—¿Teme que ellos hablen acerca de nuestra organización de resistencia al invasor?

—Ella, no, pero ese Collins es un perro traidor.

—¿Está seguro de lo que dice, Magnus?

—Sí, se ha entregado a ese Von Strassen, lo he visto con mis propios ojos. Ha querido entregárselo todo, tenía hasta unas gafas de repuesto del profesor. Las había hurtado para unirse a ellos.

—Maldito traidor... —masculló el hombre de la resistencia que tan oportunamente apareciera—. ¿Adónde le llevo ahora, Magnus?

Tab le dio la dirección de la casa de Myrna. Luego, dijo:

—En esta ocasión han descendido con sus naves para llevarse a personas y objetos, sin utilizar su transportadora atomizante.

—Era de esperar. No quieren arriesgarse a tener otro fallo como el que tuvieron al trasladar al profesor Abelson. ¿Y dice que Von Strassen es el jefe de los hombres de la División Judas?

—Me temo que es el jefe absoluto. Lleva un sol de oro rodeado de cinco estrellas de brillantes como indicativo de su jerarquía.

—Ese perro... Tenían que haberlo ejecutado, después del abortado golpe de estado que dio en Alemania para militarizarla e intentar aplastar de nuevo al mundo, bajo la bota germánica.

—Ahora ya es tarde. Sus instintos de policía militarista han hallado un cauce donde desarrollarse plenamente.

—Comunicaré esta noticia a Dorwan.

—Bien, explíquele cómo están las cosas.

—Es un alivio que ese Collins no viera exactamente dónde está nuestro centro neurálgico.

Siguieron en silencio hasta detenerse frente a la casa de Myrna Johnson, circundada por el pequeño jardín.

—Tengo unas notas que entregarle, Magnus. No esperaba proporcionárselas tan pronto, pero ya que el destino lo ha querido así...

—Usted dirá.

—Aquí atrás tengo algunas armas. Hay explosivos de varios tipos, algunos de ellos pequeños, pero atómicos.

—¿Atómicos? ¿No fue cargado en el América todo el material atómico?

—No creerá que cumplimos la orden a rajatabla, ¿verdad?

Tab Magnus sonrió.

—Eso está bien. Me llevaré un fusil, una pistola y varias granadas.

—Este transmisor pequeño, pero de altísima potencia, se lo tragará cuando esté en dificultades.

—¿Y qué ocurrirá?

—Cuando se lo trague, todo lo que hable o digan delante de usted, lo escucharemos nosotros, y Dorwan obrará en consecuencia.

Tab Magnus miró aquel artificio electrónico, similar a una oliva de regular tamaño. Se lo guardó en un bolsillo, y luego escogió armas.

—¿Y los aparatos para poder despegar o cargar?

—Todavía no están preparados, se están desplazando por carretera y durante la noche. A través del transmisor, le daremos datos de sus posiciones. Si es necesario, serán pilotados por otros hombres como usted, que están listos para actuar. Decidiremos en consecuencia, según le vayan a usted los problemas.

—Bien.

Tab Magnus tendió su diestra agradecido a aquel hombre que había sabido estar en su sitio en el momento más necesario. La mano le fue estrechada mientras aquel hombre, al que posiblemente ya no volviera a ver jamás, le deseaba:

—Buena suerte.

—Gracias, nos hará falta a todos. Espero que sea cierto que la humanidad comience a tener un hálito de esperanza, con el aniquilamiento de la nave invasora.

—La noticia correrá, dará la vuelta al mundo cien veces, si es necesario. De eso nos vamos a encargar nosotros, los hombres de la resistencia.

Llamó a la puerta.

Tuvo la impresión de ser observado por la mirilla, y al fin cuando la hoja de madera se abrió, ante él apareció la sensual señora Jurgens, aquella espléndida mulata que encontraría dificultades para soportar su soledad.

—Ha regresado pronto, ¿no?

—Sí. ¿Y Margy?

—Jugando en su cuarto de muñecas.

—Bien. Puede marcharse a su casa, yo me quedaré aquí con la niña.

—¿Usted? —preguntó sonriendo un poco desafiante, mientras tiraba hacia atrás de sus hombros y erguía sus pechos ante el hombre, como provocándole.

—Sí, yo.

—¿Tiene niños, acaso?

—No, que yo sepa.

—Claro, a lo mejor alguna no le ha dicho que es padre.

—Vamos, señora Jurgens, tiene usted una mentalidad muy maliciosa.

—Conozco a los tipos como usted. Claro que estando la señorita Myrna por medio, en fin, yo…

—Usted debería casarse otra vez, así no tendría ese brillo tan especial en los ojos, cada vez que mira a un hombre —le dijo él, dándole una palmadita en las nalgas, que ella aceptó bien.

—Ya lo hago, pero los hombres son muy canallas. Las viudas son para divertirse y no para casarse, eso es lo que piensan unos cuantos, por lo menos.

—Todos, no. Encuentre a esos que no.

Tab Magnus quería evitar contarle a la señora Jurgens lo ocurrido, pero ella debía tener algún presentimiento, pues preguntó:

—¿Ha sido en el hospital donde han descendido las naves invasoras?

—Sí —respondió con sinceridad, pues la radio y los periódicos no tardarían en propagar la noticia—. Ha habido una matanza en el J. A. Maryland Hospital.

El rostro femenino se ensombreció.

—¿La señorita Myrna…?

—No, no ha muerto —respondió Tab.

La joven, esbelta y provocativa, exhaló un suspiro de alivio. Aún en aquellos momentos de preocupación, tenía una forma de cruzar las piernas que resultaba felinamente sensual.

—Gracias, Dios mío.

—Pero no podrá venir.

—¿Se ha quedado en el hospital?

—No.
—¿Entonces…?
—Se la han llevado ellos.
—¿Cómo?
—Sí, se ha ido en una de esas naves.
—¡No es posible! ¿Para qué se la han llevado?
—Creo que ya no es tiempo de pensar por qué. Es mejor que usted se vaya a casa; yo me cuidaré de Margy.
De repente, la mujer se fijó en el uniforme que vestía Tab, y dio un paso atrás, gritando:
—¡Usted, usted es uno de los Judas!
—No tema, es que he tenido que disfrazarme con uno de sus uniformes para poder escapar del hospital.
—¿Y ha sido tan cobarde que ha permitido que se llevaran a la señorita Myrna?
—No he podido impedirlo.
—Para huir cobardemente sí ha tenido tiempo. Pues no se quedará con la niña, yo la cuidaré.
—Vamos, señora Jurgens, no me complique más la vida. Estoy muy cansado; me tomaría un trago y dormiría, me hace falta.
—¡Pues ande, hágalo, hágalo y emborráchese!
—Si lo hiciera, aprovecharía para llevarse a la niña lejos de aquí. Además, el emborracharme no es mi estilo.
—¡Ah, no! ¿Cuál es su estilo?
—¿La niña duerme o está despierta? —preguntó Tab.
La señora Jurgens, cimbreándose, respondió:
—Duerme en su cuarto de muñecas.
Tab estiró el brazo, y se escuchó el sonido característico de una cremallera al ser abierta.

CAPÍTULO XI

La nave "madre" interestelar era de un tamaño que podía catalogarse como gigantesco. Su volumen debería de ser parejo al portaaviones América, hundido en la fosa del océano Atlántico, con su carga nuclear.
Toda la nave estaba recubierta con aquella materia dura, casi diamantífera, por su brillo y características. No ofrecía fisuras al exterior, y contra ella rebotaban los destructores y potentísimos rayos Laser.
Al acercarse la pequeña nave que regresaba de la Tierra, se abrió una gran compuerta en su panza, formando una especie de rampa

ascendente, parecida al puente levadizo de un castillo medieval.

La pequeña nave se introdujo por ella. Luego, la rampa se cerró, y sólo con un microscopio hubiera podido descubrirse la fisura del encaje, por lo perfecto que era.

Collins y Myrna Johnson viajaban en una especie de compartimiento angosto, sentados en el suelo, con las piernas encogidas.

Allí dentro se respiraba una atmósfera extraña y algo asfixiante. Tenía un olor ácido, que molestaba a la garganta y a los pulmones, pero era respirable; al menos, no se morían. El aire tenía un color algo violáceo, que podía ser a causa de los gases que lo conformaban.

Myrna no había abierto la boca durante todo el viaje. Se hallaban solos, y Collins, quizá por olvidar un tanto su miedo o hallar la comprensión de alguien que mitigara el sentimiento de traidor que le atenazaba, y que quería disculpar con el derecho a la supervivencia, le repetía:

—Ya nada se puede hacer, ellos son los amos.

La joven permanecía en silencio, sin mirarle, lo que resultaba humillante para el científico de la barba oscura.

—Tienen todo el poder —insistía—. Ya no hay ejércitos en la Tierra que puedan oponérseles, y usted no habrá creído de verdad que esos cuatro gatos de la resistencia, con una computadora, pueden hacer algo contra unos seres supercivilizados, con una tecnología que, compara con la nuestra, casi resultaban prehistóricos. —Suspiró—. Es mejor colaborar con ellos. Siempre nos pueden permitir continuar investigando. Nosotros no somos políticos ni militares, sino científicos, y lo nuestro es investigar. Seguro que ellos lo han comprendido así, y nos pondrán un laboratorio a nuestra disposición.

—¡Cállese de una vez, Collins!

—¡Uf, menos mal! Creí que se había quedado muda del susto. La verdad es que le conviene hablar y colaborar.

—No está todo perdido. Quizá logren destruir a esos seres y, aunque nosotros estemos dentro, lo daré por bien empleado.

Collins se rió.

—Eso no sucederá. Dentro de la nave invasora estaremos más seguros que en la gran caja de caudales del tesoro nacional norteamericano. Olvide a ese Magnus, ni merece la pena pensar en él. Todo se puede ver de una forma pesimista u optimista, yo prefiero esta última.

—¿Y si le piden que haga cosas que perjudiquen a los habitantes de la Tierra?

—¿Qué cosas podrían ser?

—No sé, quizá obtener un virus para rebajar la demografía o esterilizar masivamente, quizá para convertir a hombres y mujeres en

monstruos. No sabemos nada de esos invasores, ignoramos cómo piensan y cuáles son sus objetivos.

—No sea tan trágica. Está bajo la influencia de las historietas de ciencia ficción que ha podido, leer o ver por la televisión.

De pronto, los ojos de Myrna se agrandaron.

—¿Y los niños, qué me dice de los niños desaparecidos? —preguntó.

—Eso todavía está por probar; no sólo han desaparecido niños sino personas de todas clases.

—Dios mío, ojalá fuera así, y si no, que venga la muerte y se me lleve, porque yo jamás haré nada que perjudique a los habitantes de la Tierra.

La nave se detuvo. El compartimiento se abrió, y aparecieron dos hombres de la División Judas, armados. Uno de ellos les ordenó:

—Arriba, ya hemos llegado.

—¿Estamos en órbita terrestre? —inquirió Collins.

—Sí —le respondieron, lacónicos.

Collins, casi bromeando, tratando de mostrarse simpático, dijo:

—Pues deben poseer un sistema perfecto de gravedad artificial. No noto nada raro en mi cuerpo.

—Vengan, los están esperando.

Escoltados, salieron de la nave. Pasaron a un hangar, donde habrían una docena más de naves, pero de distintos tamaños.

Caminaron hacia una puerta sobre la que había una luz naranja intermitente. Aquello semejaba un cuarto estrecho, pero resultó un elevador. Se puso en marcha, y subieron como dos pisos.

Allí no había puertas. Salieron a un corredor y, de pronto, Collins se quedó quieto. Sintió la palidez en su rostro; era como si se hubiera quedado sin sangre en la cara.

Por su parte, Myrna Johnson se sobrecogió de espanto. Jamás había visto ni supuesto nada semejante. Frente a ellos había dos invasores.

Los alienígenas no llevaban ahora traje alguno que los ocultara. Eran algo más bajos que los terrestres, y extraordinariamente velludos.

El pelo que cubría todo su cuerpo era de un color pardo y tacto áspero. El tórax era largo, y sus piernas, cortas. Por contra, los brazos eran bastante largos, y su cara era una mezcla de murciélago y gato, pero con un solo ojo central y multiplicidad de pupilas en él.

Cuatro pares de agudos colmillos sobresalían por aquellos labios escamosos que formaban una boca larga., fina, bajo una nariz achatada y prácticamente inexistente, pues eran cuatro agujeros que no cesaban de abrirse y cerrarse, controlando por ellos la entrada de aire que debían respirar sus pulmones, en el supuesto de que los tuvieran.

Las orejas eran finas y puntiagudas, orientables, capacidad que no poseía el hombre terrestre.

Lo que debían ser las manos eran como los tentáculos de un pulpo, pero tenían más de ocho tentáculos, finos y no muy largos. Se movían como si tuvieran unas manos repletas de pequeñas víboras retorciéndose, y con los pies, sucedía otro tanto.

—Síganles —ordenó uno de los hombres de la División Judas, añadiendo—: No intenten ninguna estratagema porque lo pasarían muy mal. Estos seres son más poderosos de lo que parecen a simple vista.

Collins sonrió, y trató de balbucir algo, aunque el miedo le atenazaba.

No era lo mismo descubrir microbios de formas extrañísimas, a través del microscopio, que verlos ante uno, y con el tamaño de un ser humano.

A Collins siempre le había atraído algo muy especial del mundo de la microbiología: Observar por el microscopio o en películas obtenidas a través del mismo cómo aquellas diminutas vidas orgánicas se atacaban mutuamente y se devoraban.

Eran batallas cruentas, bestiales, pues se engullían totalmente las unas a las otras, y se autoprocreaban, dividiéndose en partes que luego engordaban rápidamente y volvían a dividirse.

De esta forma, las colonias de virus se multiplicaban de forma aparatosa, alcanzando cifras astronómicas. Trató de pensar cómo atacarían aquellos alienígenas que, por su aspecto, le recordaban a los diminutos seres que a diario descubría a través de la lente de aumento del microscopio.

A Myrna Johnson le parecía que sus piernas se negaban a moverse. El propio Collins tuvo que empujarla por el brazo para que siguiera adelante.

Avanzaron por un angosto pasillo, iluminado de forma extraña, pues Myrna no lograba descubrir de dónde procedía la luz que semejaba brotar de cada uno de los poros que pudieran tener las paredes.

Los alienígenas, sin los trajes de supervivencia, allí parecían respirar a sus anchas y ellos, a su vez, también respiraban, lo que indicaba que en la atmósfera terrestre había algo que les dañaba o, por el contrario, faltaba algún tipo de gas que estaba resultando inerte e inocuo para los terrestres, pero que para los invasores era vital.

Aquel olor ácido molestaba a Myrna. También notaba una sensación rara en sus dientes, como la de estar mascando algo metálico, quizá hierro.

Al llegar a una sala débilmente iluminada, dejó de pensar.

Allí estaba Von Strassen, de pie junto a una especie de trono o

butacón color marfil, aunque podía ser de alguna materia desconocida para los humanos.

Sentado en el trono, había uno de aquellos horripilantes seres. Si se le podía distinguir por algo era porque el pelaje que cubría su cuerpo era más blanquecino. Podía ser un albinismo propio de senilidad.

La docena de pupilas del gran ojo se clavaron en los recién llegados, aunque una de las pupilas, que parecía estar flotando como las demás en el globo de un ojo amarillento, vigilaba directamente a Von Strassen, que permanecía a su lado.

Aquel alienígena debía ser lo suficientemente astuto como para darse cuenta de que Von Strassen les serviría de una forma implacable hasta que descubriera en ellos algún síntoma de debilidad.

Entonces, lo aprovecharía para ser él el jefe, pues su ambición carecía de límites.

Pero a los invasores, por el momento, les iba muy bien que él hubiera formado la División Judas, que imponía el terror en la Tierra, y les preparaba el camino a ellos.

—Adelante, adelante —dijo Von Strassen—. Krowong es, como diríamos nosotros, el rey de estos seres, llegados de otro sistema solar pàra ocupar la Tierra. En su planeta hubo una guerra fratricida, ellos perdieron, y los victoriosos se adueñaron del poder. Los seguidores de Krowong tenían esta nave interestelar, y huyeron lejos del alcance de quienes iban a exterminarles. Han estado buscando un planeta donde fijar su nueva residencia y, al parecer, el único habitable que han encontrado es la Tierra.

—¿Habitar la Tierra, a costa de los que hemos nacido en ella? —inquirió, arisca, Myrna Johnson.

Collins se separó un poco de ella, como indicando que él no comulgaba con las ideas de la joven.

—Ella está un poco nerviosa. Es natural, las mujeres no son tan racionales como los hombres.

—¡Collins, debería escupirle a la cara!

Collins se rió forzadamente.

—Ya lo ve, está muy nerviosa. Creo, Von Strassen, que ha sido un error traerla aquí.

Von Strassen sonrió, poniendo de relieve aquella gran cicatriz que le iba de la comisura del labio hasta la oreja.

—No, Collins, no es una equivocación haberla traído. Si usted falla, ella continuará ayudando al profesor Abelson; tiene los mismos conocimientos que usted.

—¡Yo nunca colaboraré! —gritó Myrna, como si con sus gritos quisiera quitarse de encima aquel miedo que la atenazaba al sentir la mirada del extraño ojo de doce pupilas, y teniendo ante sí aquellas manos que parecían nidales de pequeñas víboras, removiéndose sin

descanso.

—Tenemos medios para dominar rebeldías, profesora Johnson —dijo Von Strassen—, En la propia Tierra se han utilizado.

—¿Con qué me amenaza, Judas? —le escupió Myrna.

Von Strassen, que dominaba la situación aunque fuera junto al extraño Krowong, máxima jerarquía de aquellos alienígenas, dijo:

—¿Qué le parece una lobotomía, profesora Johnson?

Myrna se estremeció aún más, si es que le quedaba capacidad para estremecerse, ante tantos sucesos como estaba viviendo, y a cual más horripilante.

La lobotomía siempre le había repugnado. Era contraria a ella, aunque sabía que algunos la habían practicado. Intervenir en el cerebro humano para quitarle la voluntad, la rebeldía, el supuesto mal, no le agradaba en absoluto.

Convertía a los intervenidos en seres casi inertes, insensibles, como carentes de alma e ilusiones.

—Sería un error —replicó, tratando de dominarlo psicológicamente.

—¿Un error, por qué, profesora Johnson?

—Porque los que son intervenidos de lobotomía, luego no tienen espíritu de conquista, de investigación ni de nada.

—Es posible que suceda con las intervenciones rutinarias que se han efectuado hasta ahora en la Tierra; pero nuestros amigos, los habitantes de Plackman, bueno, traduzco sus nombres por onomatopeya, pues su lenguaje y escritura son muy distintos al nuestro, están muy adelantados, y poseen un sistema para intervenir en los cerebros, tan sutil como rápido. Su rayo apocalíptico sólo ha hecho que demostrar una parte de su verdadero poder. Creo que si los habitantes de la Tierra se dieran perfecta cuenta de todo el poder de los plackmanitas, caerían de rodillas, comprendiendo que no les queda otro remedio que convertirse en esclavos voluntarios.

—Usted ya se ha convertido en esclavo, ¿verdad, Von Strassen? Usted y sus secuaces.

—Krowong tuvo confianza en mí. Yo elegí a los hombres, pero todos ellos han sufrido una ligera lobotomía, aunque ni siquiera se han percatado.

—Sí, ya lo hemos visto; son verdaderos robots.

—Todo ha cambiado, desde la llegada de los plackmanitas. Hay que aceptarlo y aceptar la derrota, ofreciendo la yugular como hacen los lobos derrotados. Es una buena forma de seguir sobreviviendo. En adelante, la Tierra tendrá la fuerza de lo que ustedes llaman División Judas.

—¿Y los demás, serán esclavos? —preguntó Myrna.

—Habrá clases. Una será la de los científicos, que trabajarán en los

proyectos que interesen a los plackmanitas. Luego, estarán los obreros, para que lleven a cabo cuanto haga falta. Después los procreativos, metódicamente seleccionados para que se conserve la especie.

—¿Y los demás? —preguntó Collins sin énfasis, tratando en todo momento de simpatizar.

—Serán exterminados —sentenció Von Strassen.

Aquél era un duro y despiadado porvenir para el orgulloso homo sapiens terrícola.

Myrna Johnson sentía un miedo gélido, un miedo sobrehumano, un miedo que no sólo era por su propio destino, sino por el destino de toda la humanidad terrestre.

Pero estaba prisionera, y nada podía hacer. Sin embargo, a su mente acudió la figura de aquel hombre temerario, llamado Magnus, al que la resistencia había convertido en su punta de lanza.

En aquel momento, caminando torpemente, apareció el profesor Abelson.

Llevaba sus manos por delante para no tropezarse con nada. Además de ver poco, allí escaseaba la luz.

—¡Profesor Abelson!

Myrna quiso correr hacia el anciano para ayudarle, pero no consiguió moverse ; estaba como paralizada, sin saber por qué.

Desvió sus ojos hacia el rey de los plackmanitas. ¿La estaría inmovilizando con el poder de su mente?

Von Strassen fue hasta el profesor. Le quitó la montura sin cristales, abrió las gafas que le entregara el propio Collins, y se las colocó.

El profesor Abelson recibió aquellos anteojos como un sediento el agua en pleno desierto.

Lo primero que vio a través de las gafas fue a Krowong, y no pudo evitar retroceder un paso, lleno de espanto.

CAPITULO XII

—¡No colaboraré jamás! —anunció, resuelto, el profesor Abelson, tras escuchar las palabras de Von Strassen.

—No sea estúpido, profesor, no le queda más remedio que colaborar. Collins, que es más consecuente que usted y que la profesora Johnson, se lo dirá.

—Sí, profesor, ya no queda otro remedio. Después de todo, nosotros somos científicos, y ellos nos ayudarán, con su tecnología, a que su descubrimiento sea una completa realidad.

—¡Cállese, Collins! ¡El profesor no colaborará y yo, tampoco!

Collins, dispuesto a captarse la amistad de Von Strassen y del propio Krowong, que de cuando en cuando emitía unos extraños ruidos que, al parecer, Von Strassen traducía, gracias a un auricular permanentemente colocado en su oído izquierdo, mientras que con el derecho les atendía a ellos, dijo:

—La profesora puede ser sumisa, sin necesidad de practicarle la lobotomía. Además, quiero serles franco: trabajar a su lado es muy interesante. Es inteligente, y creo que si ella y yo nos uniéramos, podríamos tener hijos con tendencia genética para la ciencia.

Al oír aquellas palabras, las mejillas de Myrna enrojecieron. Aquel traidor no ponía metas a sus ambiciones y bajas pasiones. Por su parte, Von Strassen se rió ligeramente y luego preguntó:

—¿Y cómo podemos domesticar a esta fierecilla?

—Tiene una pequeña sobrina. Es rubia, de ojos claros, con un I. Q. muy alto, y físicamente perfecta. ¿No están reclutando criaturas de esa clase?

Myrna quiso abalanzarse sobre él, pero Krowong, con su poder mental, seguía paralizándola.

—Es cierto, reclutamos niños y niñas con esas características, aunque todos no sirven, y son eliminados.

—¿Y para qué los quieren? —preguntó Myrna.

—Muy sencillo. La atmósfera de la Tierra no es buena para los plackmanitas, y ellos desean subsistir aquí. Sus mentes son superiores a las nuestras, pero no les importa cambiar sus cuerpos.

—¿Qué monstruosidad está diciendo? —se asustó el profesor Abelson.

—Es sencillo. Se escoge un tipo de raza sin degeneraciones sanguíneas, lo más pura posible, la raza aria, la indoeuropea. Siete años es una edad excelente para desconectar la parte noble de su cerebros de la motora; los plackmanitas lo harán con sumo cuidado. En su lugar, introducirán sus super avanzados cerebros. A esa edad, la osamenta del cráneo humano podrá modificarse. Tendrán la cabeza algo más abultada, pero eso será todo. Luego, crecerán y dejarán de ser terrestres para convertirse en plackmanitas verdaderamente aptos para habitar este planeta. Ese será el momento justo para que ellos desciendan, y establezcan sus reales. Mientras, ya habremos hecho una selección y depuración de los habitantes de la Tierra.

—¡Eso es monstruoso, horrible, un atentado a todo lo conocido! —rugió el profesor Abelson, al borde de la apoplejía.

—Ya nadie podrá cambiar ese camino, profesor. Los hijos que nazcan de esta nueva super raza, con cerebro plackmanita y cuerpo terrícola de la especial raza indoeuropea, serán ya como sus padres, pero mejorados en todos los aspectos, pues sus propiedades físicas y mentales se transmitirán genéticamente.

—¡Alguien impedirá esa monstruosidad! —sollozó Myrna, sintiéndose vencida, pero negándose a hincar la rodilla como lo hacía Collins.

—No se puede evitar este destino del planeta Tierra —prosiguió Von Strassen—, y seguro que todo mejorará. No se puede alardear de que la especie humana terrícola se haya lucido, a lo largo de su historia ni en la actualidad. Todo han sido errores, crímenes, ambiciones y latrocinios. Deben sentirse agradecidos ante el nuevo imperio que se avecina, pues ya no habrá más guerras, y todo será paz.

—¡A costa de la esclavitud total! —espetó Myrna.

—Esa palabra suena mal. De todos modos, nada va a cambiar. Los niños escogidos se hallan en un navío especial, en medio del Pacífico. Por cierto, ¿dónde está su sobrina, profesora Johnson?

—¡No lo diré jamás!

Krowong, que parecía entenderlo todo, utilizó su poder mental, y comenzó a hacer sufrir a Myrna.

La joven se retorció de dolor. Era como si alambres al rojo se metieran entre sus huesos y tendones, pero soportó el horrible sufrimiento hasta caer al suelo desvanecida.

—Yo lo diré —intervino Collins—. Está en su casa, y con ella, ese Tab Magnus.

—¿Quién es Tab Magnus? —preguntó Von Strassen.

—El hombre que les atacó en el hospital.

Von Strassen se puso rojo. Aquel Tab Magnus, por lo visto, era el único tropiezo serio con que se había encontrado.

—¿Y dice que la niña está con él?

—Seguro; tenía que protegerla. Ya ha cundido la alarma de que los niños de esas especiales formas físicas han sido secuestrados.

—Bien. Creo que hace falta probar con alguien ese virus de rejuvenecimiento. ¿No es así, profesor Abelson?

—¡Yo no colaboraré, aunque me maten!

—¡Usted colaborará! —estalló, seco—. Y ella también, ya lo verán.

Collins, que prefería estar del lado de Von Strassen, explicó, servil:

—La intención del profesor Abelson era hacer pruebas a largo plazo, pero para probar si el virus es efectivo en el cuerpo humano, basta un plazo corto.

—¿Cómo? —inquirió Von Strassen.

—Se elige al hombre o mujer cobaya. Se le somete a un envejecimiento prematuro de sus células con una mezcla de rayos infrarrojos, ultravioletas, cósmicos, ultrasónicos, etcétera. Mentalmente no lo resisten, y entran en una locura irreversible, pero sus células envejecen, y con el virus se puede comprobar si se regeneran. Es un tratamiento durísimo, que el profesor Abelson se

negaba a seguir.

—Correcto. Escogeremos este sistema, y podemos utilizar a ese Tab Magnus como cobaya.

—¡Collins, merece la muerte por lo que está haciendo! —le escupió el profesor Abelson.

Collins rió.

—Hay que ser prácticos, profesor. Usted lo ha dicho muchas veces: la ciencia antes que todo.

—¡Antes que todo está Dios y el respeto que debemos a la vida del prójimo y a la nuestra!

—Vamos, Collins, diga la dirección de la casa de la profesora.

Poco después, gracias a una extraña computadora orgánica, apareció en su pantalla la casa de Myrna.

La lente consiguió incluso rebasar la fachada.

En una habitación, sobre el lecho, dormía la señora Jurgens. En el cuarto de muñecas estaba Tab Magnus con una muñeca en su mano y, dentro de la camita, mirándole sonriente, la rubia Margy.

Von Strassen rió por lo bajo, mientras decía, satisfecho.

—Ya tenemos localizado nuestro objetivo. El resto será sencillo, ya lo verán ustedes.

Todavía en el suelo, pero ahora despierta, Myrna sollozó

—¡No, no!

CAPITULO XIII

La noche había caído sobre ellos, aplomándolos, pegándolos más al suelo, haciendo que las gentes que todavía confiaban en un futuro, se refugiaran en sus casas.

Otros saltaban a la calle para vivir lo que creían sus últimas horas, y se retorcían en su concupiscencia. Robaban, asesinaban y reían. Nada tenía importancia. La muerte aguardaba, y eso que aún no habían visto el verdadero aspecto de los invasores de Plackman, un lejano planeta, perteneciente al sistema de una estrella no catalogada en los mapas astronómicos terrestres.

La ciudad se quedaba a oscuras prácticamente, y Tab Magnus apagó las luces de la casa para que no fueran un reclamo para personas que ya hubieran perdido todo sentido cívico y social.

Había recomendado a la señora Jurgens que se acostara. No era conveniente que saliera a la calle, de noche. Después de todo, a ella no la esperaba nadie.

La alcoba de la pequeña Margy estaba llena de muñecos y animales

de peluche, de los más diversos tamaños.

Tab le había regalado un perro lobo de peluche, que encargó por teléfono a una juguetería próxima. A la niña le había hecho mucha gracia, pero le había hecho prometer que le traería un perro de verdad.

Magnus se había excusado, diciéndole que no había tenido tiempo de comprarlo, pues debía escogerlo con mucho cuidado para que fuera cariñoso. Se había callado respecto a la ausencia de Myrna, aunque la señora Jurgens ya sabía lo sucedido.

Con un auricular, había escuchado el transistor diminuto, pero potente. La noticia del secuestro de los científicos había sido dada a la publicidad, pero también, y muy realzada, la destrucción de la nave alienígena.

En aquellos momentos, escuchó un cántico lastimero y prolongado. Era algo que sobrecogía.

Se acercó a la ventana, tomando el fusil Laser. Por la calle, ocupando la calzada de bordillo a bordillo, desfilaba una procesión masoquista.

Hombres y mujeres encapuchados, con extraños hábitos, portando cruces y otros símbolos de religiones entremezcladas, arrastraban cadenas y se flagelaban, mientras avanzaban con sus pies descalzos y sangrantes. Otros iluminaban, a la acongojada y orante comitiva, con grandes hachones humeantes y apestosos.

Tab Magnus recordó lo que había leído acerca de lo ocurrido la noche precedente al nacimiento del segundo milenio. Aquella noche, por obra y gracia de unos falsos premonitores y profetas, se había desencadenado el caos, al suponer que al amanecer del año mil uno, la humanidad sucumbiría y arribaría el momento del juicio final.

La mayoría se habían lanzado al libertinaje, pero otros se habían refugiado en las iglesias, y los terceros, como aquellos que ahora veía desfilar por la calle, habían procesionado y orado, entonando cánticos lúgubres, con los que suplicaban perdón y hacían penitencia.

De pronto, ocurrió lo imprevisto.

Vehículos patrulleros, circulando a gran velocidad, con un colchón de aire de más de dos pies de altura, sobre el que se deslizaban gracias a las potentes turbinas de sus motores, horadaron la noche con sus potentes focos.

Los patrulleros no tuvieron piedad de los penitentes, y arremetieron contra ellos, produciendo un gran descalabro.

Hachones, cruces, hombres y mujeres, rodaron por el suelo; algunos de ellos materialmente partidos por el atropello.

Por las ventanillas de los vehículos aparecieron fusiles Laser, que lanzaron algunos haces, y pusieron en franca huida a los que habían quedado en pie o que aún podían levantarse. Los que yacían y no

estaban muertos o conmocionados, gritaban en su agonía, gritaban y suplicaban piedad a Dios.

—Ya están ahí —masculló Tab Magnus, saliendo de la alcoba de la pequeña Margy.

Pasó a otra habitación del corredor. Se hallaba en el piso alto de la casa y, desde la ventana, observó los vehículos patrulleros estacionados en la calle, ocupados por aquellos tipos vestidos con el uniforme negro y de miradas despiadadas.

Aunque Tab ignoraba que todos habían pasado por un proceso de lobotomía, suponía que habían recibido alguna clase de tratamiento, que los había deshumanizado.

—Habéis venido a buscarme, perros, pero os daré un buen recibimiento, ya que no puedo escapar —gruñó, entre dientes.

Se daba cuenta de que los vehículos eran muchos, y habían rodeado la casa por completo. En las viviendas vecinas no parecía haber nadie. Sus ventanas estaban oscuras, negras como cuencas de ojos vacuos. Quizá sus moradores estarían pegados al suelo, con la boca besando las moquetas, mientras temblaban de pavor.

Con la punta del cañón de su fusil Laser, rompió el vidrio. Sabía que no había nada más erróneo que disparar a través de un cristal, pues el haz del Laser podía rebotar e ir en otra dirección.

El patrullero que tenía más cerca recibió el primer impacto de Laser, y varios hombres de la División Judas se retorcieron, en medio de la luz letal que les envolvió.

Apenas dos segundos más tarde, todo el vehículo patrullero estallaba, con una gran llamarada que alcanzó unas veinte yardas de altura.

Dentro de aquella pira quedó toda la dotación del patrullero. Semejaron figuras fantasmagóricas, danzando en el averno. La llamarada debió de verse desde cualquier punto del barrio residencial.

—¡Magnus! —gritó un oficial de la División Judas, al parecer alterado por aquel belicoso recibimiento.

—¿Vienen por mí?

Magnus hizo otro disparo, y alcanzó a un segundo vehículo, estacionado frente a la fachada, al otro lado del pequeño jardín.

El coche se incendió como el anterior, pero dentro de él ya no había nadie.

Sus ocupantes habían tenido la precaución de saltar a tiempo y tomar posiciones en la calle, tras ver lo ocurrido a sus camaradas.

Hubo disparos de represalia por parte de los hombres de la División Judas, y se abrieron varios boquetes en las paredes de la casa, haciendo saltar los ladrillos, convertidos en cenizas.

Un fuerte olor a quemado inundó la vivienda, lo mismo que el polvo, y hubo un conato de incendio.

La señora Jurgens se despertó sobresaltada.

Al ver el boquete y al otro lado a hombres disparando, lanzó un grito, abrió la puerta y saltó al jardín.

—¡Señora Jurgens! llamó Magnus, al verla.

No tuvo suerte. La bella mulata quedó en medio de un fuego cruzado de haces de Laser, y cayó carbonizada. No debió sentir siquiera dolor; su muerte había sido fulminante.

—¡Alto el fuego! —ordenó el oficial.

—¡Puedo defenderme! —les gritó Magnus, mascando las palabras, apretando entre sus manos el fusil Laser.

—¡Tire su arma, y salga con las manos en la nuca, y la niña junto a usted! Sabemos que está dentro. Si no lo hace antes de un minuto, convertiremos la casa en cenizas, y sólo usted será responsable de la muerte de Margy.

—Hijos de perra —masculló por lo bajo—, ya sabéis que estoy con la niña. Collins se habrá ido de la lengua.

La verdad es que lo esperaba, por eso permanecía despierto. Somos el cebo, pero ¿cómo diablos podrán ayudarnos ahora, Dorwan y los demás?

Un intenso silencio se había adueñado de la calle, sólo turbado por ayes agónicos de los penitentes que yacían sobre el asfalto, con huesos rotos y heridas profundas, que nadie iba a curar.

Sobre aquellos cuerpos, algunos de ellos cadáveres, al día siguiente pasarían los vivos, indiferentes, sin hacerles maldito el caso.

Tab Magnus estaba seguro de que aquellos miserables cumplirían su amenaza, y no les costaría mucho reducir la casa a cenizas.

Pasó a la alcoba de la pequeña.

Margy se había despertado, y le observaba con ojos interrogantes.

—Pasa algo malo, ¿verdad, Tab? —preguntó, con su vocecilla algo adormilada.

Magnus se preguntó si la niña sufriría más entregándola junto con el mismo a los invasores o dejándola morir allí. Más él no era nadie para hacer que mataran a la niña y, por otra parte, quedaba el resquicio de la esperanza de poder salvar a muchos más como ella.

—Tendremos que salir, Margy.

Se volvió y, disimuladamente, engulló el pequeño emisor.

—¿Adonde, Tab?

—No lo sé, pero quizá veamos a tiíta Myrna.

—¿Ya ha vuelto?

Tab cogió una bata de la niña, la envolvió con ella, y le puso el perro lobo de peluche encima. De esta forma, dejó caer el fusil y tomó a Margy entre sus brazos.

—¿Dónde está tiíta Myrna, Tab?

—Algo lejos. Unos hombres nos llevarán hasta ella, pero me vas a

prometer una cosa.

—¿Prometer, el qué?

En aquel momento, con un megáfono amplificador, el oficial de la División Judas le advirtió:

—¡Le quedan quince segundos, Magnus, sólo quince!

—Cuando yo te lo pida, cierra los ojos.

—¿Habrá una sorpresa?

—Es posible, es para que no veas cosas que no debes ver. Serás obediente, ¿verdad?

—Sí, Tab, te lo prometo, pero tú me traerás el perro guardián, ¿verdad?

—De acuerdo.

Bajó por la escalera, y se dirigió hacia la puerta que la propia señora Jurgens dejara abierta.

Allí olía a quemado. Era un olor acre y desagradable. Los dos vehículos incendiados seguían con rescoldos, y apestaban. Tab avanzó con la niña en brazos, y la potente luz de un foco les dio de lleno, casi cegándoles.

—Tab, tengo miedo —gimoteó la pequeña.

—Debes hacer un esfuerzo; ya eres una mujercita.

—¡Siga adelante, Magnus! —le indicó el oficial.

Pese a la luz, Tab vio el cadáver carbonizado de la señora Jurgens, y se dijo que aquella muerte se la pagarían. Le caía bien aquella mujer.

Cinco componentes de la División Judas se les echaron materialmente encima. Lo registraron, comprobando que no portaba armas. Luego, a él y a la niña los empujaron al interior de uno de los vehículos.

Margy, apretando aquel perro de peluche contra su pecho, sentía miedo, aunque mitigado por la presencia de Magnus, que la estrechaba entre sus brazos, tal como hubiera deseado hiciera su padre, de no haber muerto.

Los patrulleros se pusieron en marcha rápidamente, dejando atrás cadáveres, muerte y agonía, sin preocuparse lo más mínimo de lo que pudiera ocurrirle a los que seguían vivos.

A gran velocidad, taladrando la oscuridad de la noche, fueron directos al gran estadio de rugby. Penetraron por la gran puerta, que se abrió a su llegada, y se internaron en el ahora descuidado pero abundante césped.

En medio del campo, aguardaba una de aquellas malditas naves alienígenas, con su fuselaje brillante y cegador.

CAPITULO XIV

Abandonaron la pequeña nave en el hangar de la gigantesca nave alienígena.

La niña se había dormido en los brazos de Magnus. El oficial de la División Judas le empujó.

—¡Camine!

Tab Magnus sintió el desagradable olor de aquella extraña atmósfera que, sin embargo, debía contener los componentes de la atmósfera terrestre, pues no le faltaba el oxígeno esencial, aunque allí había otro gas en suspensión, que debía ser vital para los invasores.

Anduvo, con la niña en brazos, en la dirección que le señalaron. En voz baja, no había cesado de hablar, nombrando el estadio en que se hallaba la nave invasora. Esperaba que Dorwan y su organización localizaran el lugar. Ahora, ya debían saber que él estaba secuestrado junto con la pequeña.

Se internaron por los corredores de la nave "madre". Al fin, desembocaron en la sala principal o puente donde se hallaba el trono de Krowong. A su lado estaba Von Strassen, con una sonrisa de triunfo y, más abajo, frente a ellos, se encontraban Collins, el profesor Abelson y la propia Myrna.

—¡Margy, Margy!

Quiso avanzar hacia ella, pero el poder mental del rey plackmanita se lo impidió, paralizándola.

—Vaya, así que tú eres ese Magnus, del que tanto han hablado, ¿eh?

—Von Strassen, su traición no tiene nombre. Ha emulado al mismísimo Judas Iscariote.

—Vamos, vamos, tú nos has hecho frente. Eres de una casta especial, un luchador nato. Lograste destruir una nave de nuestros amigos, los plackmanitas.

—¿Amigos? ¿Qué le han garantizado por su traición, Von Strassen, el puesto de verdugo a perpetuidad?

Von Strassen suspiró, antes de hablar.

—Te tengo reservado algo muy especial. El profesor Abelson necesita experimentar su fórmula de inmortalidad a plazo corto, y para ello es preciso someter a un hombre físicamente perfecto a las más duras condiciones para envejecerlo rápidamente. Es decir, cada semana equivaldrá como mínimo a diez años de vida normal. Creo que no vas a pasarlo muy bien, Magnus. No dormirás, comerás mal, rayos de todos los tipos te bombardearán. Te envejeceremos con una fantástica aceleración y sufrirás mucho, supongo. Te lo has ganado a pulso. Claro que quizá la fórmula del profesor Abelson dé resultado y

tus células se rejuvenezcan.

—¡Tab, los plackmanitas quieren a los niños para extirparles la parte noble de sus mentes y colocarles sus propios cerebros! De esta forma, tendrían una anatomía perfecta para vivir en el planeta Tierra y, además, quieren la fórmula del profesar Abelson para que esos cuerpos elegidos puedan vivir eternamente.

—No lo conseguirán —vaticinó Tab Magnus.

—Ya lo creo que sí. Toda la Tierra sabe perfectamente quién manda ahora; sólo un loco como tú podía oponerse.

—Otros muchos me seguirán.

—Y recibirán un castigo implacable.

—Estamos dominados, Tab —gimió Myrna—. Yo misma estoy paralizada por la mente de ese monstruo al que Von Strassen llama Krowong. No puedo moverme.

—Pero se moverá en el futuro, profesora Johnson, y ayudará al profesor Abelson en los experimentos, salvo que desee que la niña sufra una agonía larga y plagada de dolores hasta caer en brazos de la muerte.

—¡No serán capaces! —replicó ella.

—¿Por qué trata de engañarse a sí misma? Sabe perfectamente que lo haremos.

—Tenemos que ceder todos; debemos admitir que ellos son los amos —explicó Collins, vigilado por una de las pupilas de aquel extraño ser, que continuaba sentado en su trono, y que a los ojos humanos inspiraba no sólo terror sino repulsión.

Hundido de hombros, cargado de espaldas, el profesor Abelson admitió:

—Es el fin, pero algún día encontrarán el castigo.

—Ya lo tenemos todo listo, profesor. Hemos escogido el monasterio de Saint Angelo, en lo más escarpado de los Alpes, para ubicar su laboratorio. Es un monasterio ignorado en las guías turísticas, y que se halla en la cumbre de una altísima montaña suiza, cuyas paredes verticales están permanentemente recubiertas de un durísimo hielo. Allí había teleférico, pero fue cortado. Los niños seleccionados, que ya son doscientos, serán recluidos en celdas en Saint Angelo, en espera del momento de dejar de ser quienes son para dar sus cuerpos a nuestros nuevos amos. Claro que la niña Margy será una excepción, siempre que la profesora Johnson colabore. Usted, Magnus, será la cobaya humana del profesor Abelson. No se podía haber escogido a nadie mejor. Es fuerte y ha tenido que pasar un sinfín de pruebas para obtener los cargos que ha ostentado, de mayor de la Air Force y astronauta de primera clase.

—No podré hacer todo lo que me piden —dijo el profesor Abelson.

—Si es por el equipo, no tema, se le proporcionará cuanto necesite.

En el monasterio de Saint Angelo, rodeado de hielos y nieves eternas, no le va a faltar de nada. Yo mismo les mostraré el lugar. Voy a acompañarles hasta el monasterio para que se instalen lo mejor posible.

El invasor dejó de paralizarles y Myrna se acercó a la niña. Tab la contuvo, diciéndole:

—No la despiertes. La visión de ese ser podría trastornarla para siempre.

—Tienes razón —admitió ella.

—Vamos, una nave nos llevará.

Tab Magnus, que sostenía a la niña con los brazos, cogió con sus manos el perro lobo de peluche, y apretó con los pulgares en la parte del vientre. Luego, se acercó lentamente a Krowong, y se inclinó ante él, dejando a sus pies el perro, con sus ojos de plástico que semejaban ver.

—No nos queda otro remedio que doblegarnos ante su poder, y ésta es la ofrenda de la niña.

Von Strassen se dispuso a dar un puntapié al juguete, pero unos extraños ruidos brotaron por la boca de aquel ser de cara medio murciélago y medio gato, con duplicidad de colmillos y el enorme ojo, impidiéndoselo.

El animal de peluche debió agradar al plackmanita, pudo parecerle efectivamente una ofrenda, y dejó que yaciera a sus pies. Luego, le acercó aquellos tentáculos que conformaban sus manos como multitud de víboras retorciéndose, y semejó gustarle el tacto de la piel del perro.

—¡Vamos! —gruñó Von Strassen, lanzando una mirada de desprecio al perro-lobo de peluche.

Retornaron al hangar, donde una de las naves ya había sido dispuesta.

Subieron a ella y abandonaron la órbita terrestre para dirigirse a Suiza.

La nave se posó en el patio central del monasterio de Saint Angelo. Allí hacía un frío atenazante. Todo era blanco, y las piedras brillaban, al estar recubiertas de hielo.

Tab demostró cansancio, y puso en manos de Myrna a la niña, cubierta por la bata, en medio del horrible frío alpino.

Anduvieron hacia los porches. Llegaban ya a ellos cuando Tab Magnus, en un perfecto movimiento de lucha oriental, lanzó un talonazo en el hígado del guardián que le seguía.

Este cayó, y Tab le arrebató el Láser, al tiempo que gritaba:

—¡Pónganse a cubierto!

Jaló el gatillo, revolcándose sobre el hielo que cubría el patio, cuando ya se estaba cerrando la compuerta de la nave plackmanita y

disparó hacia su interior.

El haz del Laser consiguió penetrar en la nave, y el calor aumentó en su interior, siendo suficiente para que estallara.

La explosión fue tan cegadora como terrorífica.

Varias columnas se quebraron, y parte de los porches del monasterio se hundieron. Algunos hombres de la División Judas murieron aplastados por las piedras.

El propio Tab Magnus y los demás fueron lanzados hacia el interior de los porches.

La onda térmica había sido tan brutal, que todo el hielo acumulado en aquellas paredes seculares se fundió, y el frío desapareció, por el momento.

El desconcierto fue grande.

Myrna había rodado por el suelo, con la pequeña, y el profesor Abelson vio llegado su fin, al caerle encima la mitad de una columna. No pudo ni exhalar un grito. Por su boca escapó una gran bocanada de sangre y expiró, quedando con los ojos abiertos bajo sus grandes gafas de miope.

Tab se rehízo con más prontitud que el propio Von Strassen y Collins, que quedó desconcertado.

Tab disparó su Laser contra tres guardianes que aún no comprendían lo sucedido.

—¡Quieto, Von Strassen, y tú también, Collins!

—¡Magnus, no dispare sobre mí! ¡Yo soy uno como usted!

—Quieto, Collins. Tú sólo eres un traidor, y como ya no hay ley sobre la Tierra, yo seré tu juez y tu verdugo.

—¡No!

Collins recibió el haz del Laser, y se retorció, mientras se carbonizaba. Su traición le había costado cara.

—No le servirá de nada —gruñó Von Strassen, con suficiencia.

—Si no quiere morir, si quiere seguir vivo, grite para que todos sus hombres que se hallan en este monasterio de Saint Angelo, en mitad de los Alpes suizos, donde no hay teleférico y sólo se puede llegar por el aire o en lanzamiento de paracaídas, formen en el patio, alrededor de los restos de esa nave alienígena. Si no me obedece, no disfrutará el poder del futuro.

—Reconozco que es usted un luchador nato, Magnus, pero su acto heroico no le servirá de nada. Krowong es el verdadero amo.

—Ordene que formen en el patio; le doy treinta segundos. Si no lo hacen, usted no vivirá para reinar junto a los invasores.

—Está bien.

Del bolsillo superior de su guerrera, sacó un megáfono miniatura, y habló por él, haciendo que su voz se escuchara en todo el monasterio.

—¡Habla Von Strassen! ¡Que todo el personal, desarmado, forme

en el patio del monasterio! ¡No teman, no ocurrirá nada! ¡Yo controlo la situación! —Cerró el micromegàfono y, sonriendo con sarcasmo, le preguntó—: ¿Está bien así, Magnus?

Los hombres de la División Judas fueron apareciendo por todas partes y formando en el patio.

Tab protegía su espalda contra la pared pétrea. Delante, a muy corta distancia, tenía la humanidad de Von Strassen.

—¿Están todos?

—Sí, pero de nada le servirá haber destruido la nave. Ya no podrán salir de aquí.

—Se equivoca, seguro que mis amigos ya saben dónde estamos.

—¿Ah, sí, cómo?

—Me tragué un microemisor, antes de ser capturado. A través de mi cuerpo, las ondas han sido emitidas, y lo habrán captado todo. Ya estarán volando hacia aquí.

Von Strassen lanzó una carcajada.

—¿Es que no sabe que cualquier objeto volante será automáticamente destruido por la nave "madre" de Krowong?

—Krowong ya no existe.

—¿Que no existe? Vamos, ¿qué broma estúpida es ésa?

—Le dejé un perro como regalo. Tenía planeado llevar ese perro de peluche cuando me secuestraran, y coloqué en su interior una granada atómica, de poco peso, pero suficiente, si estallaba dentro de una nave totalmente cerrada, que quedaría desintegrada. Llevaba un detonador retardado. Bastaba pulsar un resorte, y nadie podría evitar que estallara.

En aquel momento, se escuchó un rumor lejano; fue como un trueno.

Todos alzaron la vista, y en el cielo estrellado, sobre el monasterio de Saint Angelo, apareció como una bola blanca de fuego. El invasor había sido destruido.

—¡No es posible, no es posible! —repitió Von Strassen, aturdido.

—Siempre hay una esperanza, Von Strassen. Ahora, vaya a reunirse con ellos. Se lo tiene merecido.

Tab Magnus no dudó en jalar el gatillo de su Laser, ante el mayor de los, traidores. El fuego lo envolvió, mientras Myrna apretaba contra su pecho a la pequeña para que no viera lo que ocurría.

Poco después, sobre el cielo de Saint Angelo aparecían naves, que comenzaron a descender en vertical.

Los hombres de la División Judas, ya sin nadie que les gobernara, anonadados, se quedaron a la espera, sin luchar.

Tab se acercó a Myrna, y se sentó junto a ella y la niña. Pasó el brazo por detrás de la mujer, y así pudo estrechar a ambas.

—Creo que a la pequeña Margy le hace falta un padrazo que le

pueda comprar un bonito perro guardián.

—¿Y quién va a ser ese padrazo? —preguntó Myrna, tiritando de frío.

—Pues, ¿quién va a ser? El que le ha estropeado el perro de peluche.

Inclinándose sobre Myrna, la besó en los labios, mientras la niña, incapaz de permanecer despierta, dormitaba contra el pecho cálido y fuerte de la mujer.

FIN

[image]